

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

PETER McCOY

KUNG FU POR UNA RUBIA



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

34 —Los jarrones de la muerte. — ***Curtís Garland.***

35 —La estrella de Lorna Mili. — ***Clark Currados,***

36 —El signo del alacrán. — ***Curtís Garland.***

37 — Un placer a su alcance. — ***Ralph Barby.***

38 —Los cruzados amarillos. — ***Curtís Garland.***

PETER Me COY

KUNG-FU
POR UNA RUBIA

Colección ¡KIAI! n.° 39
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-049524
Depósito legal: B. 26.212 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor **de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

La perfección moral conduce a la luz de la inteligencia y la luz de la inteligencia conduce a la perfección moral.

Confucio

CAPÍTULO PRIMERO

Mark Jones consultó una vez más la hora en su ordenador electrónico de cuarzo. Las diez.

Era extraño que Betty no se presentara todavía.

Mark miró una vez más hacia la puerta, pero las campanitas de plata continuaban silenciosas.

Alrededor de Mark, las maravillas que el honorable Chang lograra reunir no parecían decirle nada esta mañana.

Budas de jade y marfil, porcelanas, lacas, muebles... Cada objeto era una reliquia, una auténtica pieza de museo.

El honorable Chang disponía de una extensa red de agentes distribuidos por todos los países orientales, a la caza y captura de estas maravillas.

El auténtico aficionado, el decorador de prestigio, sabía bien que lo que no encontrase en la tienda de Chang Jones no lo encontraría en ninguna parte.

Sobre la puerta del establecimiento colgaba un cartel que decía:

«Chang Jones. Arte Oriental».

Así, en inglés.

Pero no faltaban los indescifrables carteles escritos en caracteres chinos.

No podía ser de otra forma, puesto que la tienda del honorable Chang Jones hallábase ubicada en pleno barrio chino, en la ciudad de Los Ángeles, California.

Allí, al lado de pequeñas tiendas aromáticas, casitas de un solo piso con sus aleros picudos y la gracia silente y misteriosa de las callejas, la magnífica colección de arte oriental reunida por el honorable Chang Jones, tenía su marco idóneo.

La calle, demasiado estrecha para permitir el paso del tráfico rodado, disponía sin embargo de un amplio solar surgido de los últimos derribos y que era usado como aparcamiento provisional.

Mark dejaba allí su fantástico «Jaguar» deportivo. Una maravilla color rojo tornasolado, con cristales polarizados, potentes faros empotrables, cubierta abatible y toda clase de comodidades en el interior.

Un coche que valía una fortuna.

Pero Mark Jones puede permitirse ese lujo y otros muchos por el estilo. Para algo es el investigador privado mejor pagado de todo el país. El más sorprendente, también.

Betty, la muchacha encargada de la tienda, no acaba de

comprender como dos hombres estrechamente vinculados por lazos de sangre, como son el honorable Chang y el señor Mark Jones, pueden resultar tan distintos.

El honorable Chang tan reposado, tan hermético y misterioso... y el otro dinamita pura.

Así son estos dos primos que incluso llevan el mismo apellido.

O así los ve Betty, la explosiva rubia encargada de la tienda.

Betty sabe que el honorable Chang es hijo de una linda japonesita descendiente de una noble familia de samuráis y de un valeroso oficial de la Navy que tuvo la ocurrencia de morir sin gloria alguna cuando ya enmudecieran los cañones.

El parentesco a los dos hombres les viene por parte de los Jones, naturalmente: La parte anglosajona de la sangre que circula por las venas del honorable Chang... y que, a decir verdad, apenas se nota.

Porque el honorable Chang es un oriental de la cabeza a los pies.

Viste kimono, lleva fino bigote caído...

Cuando habla se expresa en voz reposada, citando con frecuencia textos de Confucio y máximas de Buda o recitando bellos fragmentos de poemas que infiltran en el espíritu de Betty una paz enervante...

El honorable Chang vive en la planta alta del establecimiento.

Se sube por la escalera interior, por lo que puede decirse que tienda y morada forman una sola cosa. La puerta del rellano corresponde al despacho.

Y contiguo a éste, apenas disimulado tras una espesa cortina negra con dragones bordados en rojo y oro, está el oratorio donde el honorable Chang pasa horas y horas sumido en profundo MOKUZO [1], sentado en posición ZAZEN [2] sobre el TATAMI [3].

Allí está el TOKONOMA [4] y el KAKEMONO [5]. Allí la hermosa estatuilla de Buda, en rico jade.

Y los pebeteros.

Y los objetos que le permiten venerar a sus antepasados...

Las paredes del oratorio desaparecen tras la espesa cortina roja, que es del color del sol y la luz.

Un oratorio no tiene por qué ser triste.

Cierto día que Betty sabíase sola en toda la casa, tuvo la tentación de profanar estos lugares prohibidos... y entonces sus ojos asombrados descubrieron detrás de la cortina roja algunas cosas que la llenaron de estupor: Un armario secreto, una pequeña oscura e intransitable puerta que conduce al callejón que discurre detrás de la casa.

Desde entonces su cabecita teñida de rubio platino no deja de pensar y cavilar más de lo que antes cavilaba y pensaba.

Betty dice que una chica no necesita ser *demasiado* inteligente. Que le basta con ser mujer.

Ella, por supuesto, no presume de sabia.

Quizá por eso todavía no ha conseguido descifrar el enigma de los descubrimientos que hizo en el oratorio del honorable jefe.

Pero confía en llegar a descifrarlo todo algún día.

* * *

Eran cerca de las diez y media cuando por fin tintinearon las campanitas de plata de la puerta. Mark precipitóse hacia allí. Adivinábasele intranquilo.

Y hasta dijérase que su robusto pecho se ensanchó con un hondo suspiro al ver entrar a Betty. Betty... Betty Halles.

Veintidós años. Rubia platino. Ojos verdes sombreados por arqueadas pestañas postizas... Guapa.

Boca redondita, sensual. Los dientes muy blancos e iguales.

No era muy alta, pero lo que la madre naturaleza le escatimó en vertical, se lo compensó generosamente en curvas.

Qué abundancia... y qué bien distribuidas.

Los ojos de Mark bailaron al contemplarla centímetro a centímetro.

Llegaba la chica con un vestido blanco, ceñido al cuerpo como una segunda piel.

Por el escote generoso asomaban los senos redondos, blancos, bellísimos.

A Betty toda la ropa parecía venirle estrecha. Siempre.

Los suéteres y las blusas eran todos así, escotadísimos. Como si la belleza viva que eran aquellos senos túrgidos y aterciopelados necesitaran del aire para respirar, rebeldes a cualquier opresión.

Como no era alta Betty usaba siempre zapatos con mucho tacón, lo que contribuía a acentuar la gracia ondulante de su caminar, balanceando las caderas redondas rítmicamente.

El vestido, sin mangas, permitíale lucir la belleza de unos brazos torneados, prietos.

La mirada caliente de Mark tampoco pasó por alto las hermosas pantorrillas desnudas de medias.

¡Qué bombón!

De los que a Mark le recetaba el médico.

Verla y desvanecérsele todas las aprensiones fue cosa de un segundo.

Pero Betty mostrábase agitada y miraba hacia atrás con sus bellos e inocentes ojos verdes terriblemente asustados, como si temiese que la persiguieran...

—Betty, preciosa, ¿sabes la hora que es? —le salió al encuentro Mark, tranquilizado al verla llegar.

Betty mostróse muy sorprendida al encontrarle en la tienda.

—¿Qué hace usted aquí, señor Jones?

—Mira: ¡Esperándote!

—¿Y el señor Chang?

—Tu honorable jefe me pidió que me hiciese cargo de la tienda mientras tú no llegabas... y si se descuida me tiene aquí todo el día. ¿Qué ha ocurrido para que te retrasaras tanto esta mañana?

Betty acercóse a él, muy asustada, como buscando inconscientemente su protección.

—¡Ay, señor Jones, es algo terrible!

Mark olvidó que el metal de voz de la chica era un verdadero desastre.

Betty, callada, valía mil veces más que Betty hablando.

Aquella estridencia, aquel falsete...

—¿Qué ocurre, guapa?

—¡Un hombre me vino siguiendo!

Los ojos pillines de Mark se llenaron de risa resbalando una vez más sobre la preciosidad que era el cuerpo de Betty.

Y con su habitual desenfado confesó:

—¡No me extraña!

Ella enfadóse toda.

—¡Ay, señor Jones, no se burle! Me molesta mucho que me tome el pelo, palabra.

Mark acercóse un poco más, hasta casi tocarla.

Aquella chica tenía algo que sugestionaba. Una especie de magnetismo al que Mark no sabía resistirse, caramba.

—No me burlo, rica. Es que estás... estás... como para seguirte, vaya. Y no un hombre, sino... ¡todo un regimiento!

Los ojos verdes de Betty buscaron los de él parpadeando muy de prisa, deliciosamente turbados.

—Señor Jones, usted..., usted nunca habla en serio.

—¡Claro que hablo en serio, preciosa! —se pegaba a ella y le tomaba la barbilla para obligarla a alzar el rostro hacia el suyo.

Hubiese podido besarla en la boca sin que la chica protestara. ,

Pero Mark no era un oportunista.

Fresco sí, bastante. Pero no ventajista.

Se hizo fuerte contra la tentación que vertía fuego en sus venas y preguntó alejándose un tanto bruscamente:

—Cuéntame qué te ocurrió con ese hombre.

Betty le miró con ojos decepcionados. Llegó a pensar que él iba a besarla y esperaba el instante con el alma estremecida de dulce ansiedad.

Pero estaba visto que el señor Jones era raro como el otro, en realidad. Estas absurdas reacciones...

—Me… me vino siguiendo todo el camino, desde la parada del autobús.

—¿Todavía no tienes coche, Betty?

—¡Ah, señor Jones, qué cosas dice! En casa necesitamos el dinero que gano.

—Hablaré con tu honorable jefe, para que te suba el sueldo o te compre un coche.

—Gracias, señor Jones, pero…, pero ya tengo un buen sueldo, se lo advierto.

—No lo creo. Seguro que mi primo te estafa. ¿Cómo puede consentir que una chica como tú se arriesgue a viajar en autobús… y a venir caminando desde la parada? ¿Es que no sabe ese inconsciente que equivale casi a un suicidio, debido a la delincuencia que existe en Los Ángeles?

—Yo…

—Tú tienes suerte de que hasta ahora solamente se hayan limitado a seguirte los hombres. Puedes darte por muy afortunada, criatura. Las violaciones, atracos, desvalijamientos de viviendas… han aumentado los últimos veinte años más de un ciento cincuenta por ciento. Y eso sin contar el pavoroso aumento de la delincuencia juvenil y su ligazón con el tráfico y consumo de drogas.

Betty le escuchaba sin pestañear. Jamás vio al señor Jones tan serio ni tan preocupado.

Lo que decía hacía estremecer.

Por algo ella desconfió de aquel hombre… Por algo pasó más de dos horas dando vueltas y vueltas por todo el barrio con el propósito de despistarle…

¿Lo había conseguido?

Eso no lo sabía.

Cuando entró en la tienda no le vio. Quizá sí, quizá lograra despistarlo. Con la pinta inquietante que tenía… Era la primera vez que Betty se asustaba porque la siguiera un hombre. Vaya si la seguían. Rubios, morenos… De todas las clases.

Pero por eso mismo Betty sabía bien cuando se trataba de un simple admirador y cuando no, como ocurría con el de esta mañana.

Si te sigue un admirador siempre encuentra la forma de acercársete y decirte alguna cosa…

Lo que te diga depende de Ta educación del galanteador.

A veces te gusta oírlo y a veces se te suben los colores.

Hay cada fresco que tiembla el ministerio. Pero el hombre que la siguió esta mañana limitábase a eso, a seguirla. Como espiándola.

Sin intentar acercársele ni decirle nada…

CAPÍTULO II

Betty miró una vez más hacia la puerta.

Continuaba cerrada.

—Bueno, yo me marcho.

Mark ya no veía razón para continuar en la tienda. Sus obligaciones le reclamaban en otra parte.

Pero Betty volvió a asustarse.

—¿Se... marcha, señor Jones?

—Sí.

—¿No..., no puede quedarse un ratito más?

—Tu honorable jefe me dijo que esperase hasta que tú llegaras.

—¿Dónde..., dónde está el señor Chang?

—Fue al puerto. Al parecer hace tiempo que espera un envío de Hong Kong y no acaba de llegar.

—Ah, sí. Es una mercancía muy valiosa procedente de China.

—Entonces puede que se trate de la caja que trajo el transportista hace cosa de una hora...

—¿Qué caja?

—Bueno, un cajón. Ordené que lo pusieran en el cuarto de atrás. ¿No es allí donde desembaláis los envíos?

—Sí... ¿Vamos a verlo?

Betty se puso en camino, delante, rompiendo la marcha.

Necesitaba retener al señor Jones. Estaba demasiado asustada todavía para no echarse a temblar ante la idea de quedar sola en la tienda.

—Seguramente se trata de esa mercancía que viene de China —comentó sin poner en duda que el hombre la seguía.

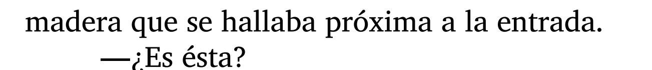
Mark consultó la hora en su ordenador electrónico de cuarzo.

Como si le fastidiase el nuevo retraso.

Pero al final acabó por seguir a la muchacha hasta el cuarto oscuro cuya puerta veíase bajo la escalera que ascendía a la otra planta.

Efectivamente, allí solamente veíanse cajas de embalaje, de madera y cartón rizado, virutilla, espuma de poliuretano, un estante con herramientas y ovillos de cuerda.

Betty encendió las luces y toda su atención volcóse en la caja de


madera que se hallaba próxima a la entrada.

—¿Es ésta?

—Sí.

Betty acercóse y leyó la etiqueta.

—Sí... Viene de Hong Kong. Es la mercancía que esperábamos.

En los laterales de la caja, escrito con pintura roja, leíase la palabra FRAGIL repetidamente. Unas veces en inglés y otras en caracteres chinos.

—Debe tratarse de una mercancía muy valiosa, a juzgar por las precauciones —comentó Mark.

—Eso tengo entendido. ¿Quiere... quiere que la desembalemos?

—¿No se enfadará tu honorable jefe?

—¡Oh, no! Una vez comprobado que la caja llega en perfectas condiciones, estoy autorizada a desembalar las piezas.

—Es que... a mí se me hace tarde, preciosa.

—No se vaya, señor Jones. Se lo ruego.

—¿Todavía estás asustada? —sonrió Mark, divertido.

—Me asusta un poco... la idea de que aquel tipo aparezca por la puerta —confesó, turbándose.

—¿Era... un fresco?

—No, no. No me dijo ni media palabra.

—¿Te... tocó, entonces?

—Qué va. Por eso le digo que no se trata de un simple admirador. ¡A saber con qué intenciones me seguía!

Mark pensó que la chica tenía razón para estar asustada. En Los Ángeles las violaciones, los raptos y toda clase de delincuencia están a la orden del día.

—De acuerdo, mona: Esperaré un poco más, a ver si entretanto regresa el jefe.

El expresivo semblante de Betty resplandeció.

—¡Gracias, señor Jones!

—De nada, hermosa. ¿Dónde tienes el martillo?

—¡Allí, sobre el estante!

Betty colgó el bolso en un clavo de la pared y momentos después los dos procedían a desembalar la mercancía.

Ella fue La primera en apartar la virutilla y alcanzar un envoltorio de espuma de poliuretano azul.

Cortó los finos cordones con sumo cuidado y por último tuvo ante los ojos una estilizada figurita en jade de la princesa Miao Shan, la legendaria PUSA [6] budista.

—¡Qué maravilla, señor Jones! —exclamó admirada. Mark se pasó los dedos entre los cabellos rubios. —A mí eso no me dice nada... ¿Quién es... o qué representa?

—Una vieja conocida de la casa: La princesa Miao Shan. Se traía

de una santa budista. En chino se dice PUSA y en hindú BODISATTVA, que significa CIENCIA y PIEDAD. Son almas que renuncian voluntariamente al Nirvana aunque estén preparadas para entrar en él y vuelven a reencarnar para poder predicar la doctrina a los demás hombres, dando así una muestra de sublime amor al prójimo —recitó Betty solemnemente la lección aprendida de memoria para hacer buen papel delante de los clientes eruditos.

Y todavía agregó, como un niño aplicado:

—La princesa Miao Shan era la tercera hija de un rey chino muy cruel, el cual la desterró a un desierto. La siguieron miles de gentes necesitadas a quienes arrastraba la fama de su santidad. La princesa oró al cielo y una lluvia milagrosa hizo fructificar el desierto, que produjo flores y frutos e incluso aparecieron animales comestibles... Después la princesa se retiró a una montaña llamada del Incienso, donde se dedicó a la meditación hasta que alcanzó la paz suprema.

Betty hizo una pausa en su recital, como deseando comprobar si Mark le prest

Y a la debida atención.

Y como el investigador parecía escucharla muy interesado, prosiguió.

—Ocurrió un día que el rey, padre de la princesa Miao Shan, enfermó gravemente y solamente podía curarle el que se le administrase la mano y los ojos de una persona viva. Advertida la santa, no tuvo inconveniente en sacrificarse dando los ojos y una mano para mirar a su padre. El rey le pidió perdón y le suplicó que volviese a palacio, pero ella rehusó mientras no suprimiera sus injustas leyes, lo cual cumplió con gusto el rey. La princesa recibió del cielo otros ojos y otra mano. La diosa Miao Shan se ha identificado con el dios Avalokitesvara de la India.

—¿Y eso qué es?

—Es el dios de una montaña santa de Ceilán, donde se dice que Buda dejó la huella de su pie.

—Ah.

—También se le identifica, a pesar de su diferencia de sexo, con el dios chino Kwan-Yin. Y en China la santa budista eclipsó pronto el culto del propio Buda.

Mark disimuló una sonrisa benevolente y divertida a la vez.

—¡Muy interesante! —dijo con exagerada admiración, a punto de no poder disimular un bostezo.

Y fuese que la chica se puso nerviosa al tropezar con aquellos ojos grises que tanto la aturdían, o fuese que ya lo estaba bastante desde la persecución de que fue objeto, el caso es que sin saber cómo la valiosa estatuilla se le escapó de las manos y vino a estrellarse en el suelo haciéndose añicos.

Betty llevóse ambas manos a la boca, ahogando una exclamación de horror.

—¡Qué desgracia, señor Jones! —tartamudeó a punto de echarse a llorar.

Mark recogía del suelo uno de los trozos verdes.

—No es para tanto, criatura.

—¿Qué dice? ¿Usted... usted sabe lo que vale una figurita como ésta?

Mark examinaba con curiosidad el trozo recogido del suelo.

—Me parece que nada, mona.

—¿Nada? —le miró ella con ojos de un palmo—. ¿Está de broma?

—Es decir... Este que tengo en la mano creo que no deja de tener valor.

—No le entiendo... Vale, no vale... ¿En qué quedamos?

—Escucha, Betty: ¿Sabes qué es esto? —le puso delante de los ojos el trozo recogido del suelo.

—Sé... lo que era, señor Jones: La cabeza de la princesa Miao Shan... que va a costarme el empleo —gimoteó.

—No, preciosa, no va a costarte nada... porque esto no es más que un simple trozo de una pasta especial, fabricada con vidrio y plástico.

—¿Una... pasta? ¿No es jade?

—No. Se trata simplemente de una imitación muy bien hecha, pero sin ningún valor.

Los ojos verdes de la chica le miraron entre esperanzados y terriblemente desconfiados.

—Usted... usted siempre con sus bromas, señor Jones.

—Nada de broma, preciosa. Lo que me extraña es que siendo simplemente una pasta... pese tanto.

Betty le vio ponerlo sobre la palma de la mano, haciéndolo saltar, como sopesándolo.

Luego cerró la mano y exclamó con satisfacción:

—¿Dónde está el martillo?

—¿El... martillo? —Betty no entendía nada.

—Sí, el martillo, el martillo. ¿Dónde diablos lo dejé? —comenzó a revolver entre la viruta y las maderas amontonadas en el suelo.

—Creo que... sobre el estante. ¡Sí, aquí está! —se lo entregó preguntándose dónde quería ir a parar.

Y no gritó horrorizada al ver que él lo descargaba fuertemente sobre la cabeza de la divinidad porque el susto la dejó muda.

Y entonces ocurrió una cosa sorprendente: entre los mil pedazos de pasta resinosa en que se convirtió la cabeza de la santa budista, algo brilló cegador.

—¡Oh!... Pero... ¡Oh!...

No supo qué decir Betty.

Y Mark se lo agradeció: la chica resultaba mucho mejor callada.

—¿Sabes lo que es esto, Betty? —se lo mostró sujetándolo entre el índice y el pulgar.

La luz de la bombilla arrancaba de la piedra mil destellos de un maravilloso azul-blanco.

—Pues... pues...

—¡Un brillante, pequeña, un brillante! —reveló Mark satisfecho de su descubrimiento.

—¡Pero..., pero...!

Betty no atinaba una, tremendamente asombrada como estaba.

—¡Menudo garbanzo, mona!

—¡Pero señor Jones!, ¿cómo es posible que... qué...?

—¿Que haya hecho un viaje tan largo escondido dentro de la cabecita de la princesa Nosecuántos?

—Sí...

—Sospecho que no va a resultarnos tan difícil descubrirlo.

Betty comprendió al fin. Se trataba de contrabando.

Alguien utilizaba el reconocido prestigio del honorable Chang como comerciante en antigüedades orientales para introducir en el país aquel valiosísimo brillante.

¿Aquel... solamente?

Mark estaba ya en plena actividad.

—¡Aquí hay faena para rato y es preciso tomar precauciones, mona! —comentó alejándose ya hacia la puerta, con su habitual resolución.

—¡No me deje sola, señor Jones!

A él la súplica angustiada de la chica le supo a caramelo.

Esta demostración de confianza, de fe... siempre le producía un delicioso cosquilleo en el cogote.

Volvió sobre sus pasos y quedó ante ella.

Le puso el dedo bajo la barbilla, mirándola a los ojos al hablarle.

—Voy a pasar el cerrojo y vuelvo, preciosa...

—¿Sólo... eso?

—Sólo.

—Creí... creí que... se marchaba.

—No me voy: Hay mucho que hacer aquí, linda.

Estaban muy cerca uno del otro.

Tanto que sus ropas **se** tocaban.

Mark comenzó a sentir calor. A notar el pulso acelerado.

Alejóse de ella con cierta precipitación un tanto brusca.

—¡Vuelvo en seguida! —anunció cruzando ya el umbral y

perdiéndose en el interior de la tienda.

Betty le vio marchar con cierta expresión añorante…

El señor Jones le gustaba horrores…, pero al parecer no se enteraba.

Suspiró profundamente. Cualquier día… cualquier día ella se decidía y le decía algo, vaya que sí.

Mientras tanto Mark hacía girar la llave de la puerta y corría los cerrojos, para mayor seguridad.

Era preciso evitar cualquier sorpresa desagradable.

Luego regresó al almacén, con sus grandes y poderosos pasos.

CAPÍTULO III

Una hora después la caja de madera estaba vacía, el suelo cubierto de fragmentos de pasta resinosa imitando jade y sobre el mostrador de la tienda un increíble puñado de brillantes a cada cual más hermoso.

—¿Qué me dices ahora, Betty?

Mark no podía ocultar la excitación que el descubrimiento le producía.

Era toda una aventura increíble.

Su espíritu de investigador resplandecía, adivinando y presintiendo los mil peligros que su hallazgo iba a acarrearles.

Hasta ahora solamente levantaron el extremo del tupido velo que encubría a buen seguro una historia de piratería moderna.

Tras aquel velo posiblemente se hallaban personas sin escrúpulos, aventureros, quién sabe si incluso asesinos dispuestos a todo con tal de no renunciar al lucro de la arriesgada e inteligente maquinación.

Mark adivinaba que no se trataba de vulgares contrabandistas de piedras preciosas, sino de toda una organización dirigida por un cerebro privilegiado.

¿Quién?

Eso ya era cosa de averiguarlo.

Trabajo para el investigador Mark Jones.

La mente de Mark galopaba.

Ya estaba la mercancía introducida en el país.

Bien.

¿Y ahora? ¿Cómo pensaban llevársela?

¿Se trataba de un error de cálculo?

¿Figuraba en el proyecto inicial… que la mercancía fuese a parar efectivamente al establecimiento del honorable Chang Jones… o hubo un despiste al desembarcarla?

¿Tendría algo qué ver con todo esto el hombre que siguió a Betty cuando venía hacia la tienda?

Cuántas preguntas se hizo a sí mismo Mark en menos de un minuto.

Estaba claro que la mercancía no tenía que haber llegado a

manos de un experto como el honorable Chang Jones, el cual, a simple vista, hubiese descubierto el fraude.

Por eso Mark inclinábase a pensar que no tardarían en tener visita.

—Estoy…, estoy muy asustada, señor Jones… —confesó Betty respondiendo a su pregunta.

—Esto es cosa mía, mona. ¡No tienes por qué preocuparte! —quiso tranquilizarla Mark.

—Me parece… que… tendremos complicaciones —advirtió.

Y como queriendo darle la razón, en aquel preciso instante recortóse tras los cristales del aparador la figura grande e inquietante de un hombre que tenía todo el aspecto de un gorila, a pesar de su correcto uniforme de chófer de casa grande.

Un grito de espanto escapó de la garganta de la hermosa muchacha.

—¡Es él, es el hombre…! ¡El que me siguió!…

Señalaba el ventanal con el brazo tendido sin poder hacer otra cosa, paralizada por el pánico. Mark giróse como una flecha.

Pero en el mismo instante se oyó un estrépito de cristales rotos y algo silbó en el aire yendo a estrellarse contra una estantería, donde destrozó varias figuritas de incalculable valor.

El hombre había desaparecido ya.

Mark corrió hacia la puerta, pero mientras hizo girar la llave y los cerrojos, cuando salió a la calleja la vio desierta.

Regresó sobre sus pasos y vino hacia la estantería que recibiera el impacto, descubriendo en el suelo una piedra envuelta en una hoja de papel.

La recogió y procedió a alisar el papel sobre el mostrador para leer las escasas palabras que contenía…

«El Escarabajo Cojo solamente avisa una vez.»

Bajo la breve advertencia veíase un dibujo que representaba un escarabajo rojo sin patas.

Mark hizo chasquear los dedos en el aire, con semblante resplandeciente.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó con ardiente satisfacción.

—¿Dónde? —preguntó Betty mirando a su alrededor.

Los ojos grises se llenaron de risa.

—¡Es una forma de hablar, preciosa!… Me refiero a que por fin sabemos quién está detrás de todo esto. ¡Y te advierto que hace tiempo que busco, la oportunidad de enfrentarme con él!

—¿Con… él? ¿Pero… de quién habla?

—¡De «El Escarabajo Cojo»! ¡Nada menos!

—¿Ese... del dibujo? —reclinóse para mirarlo, curiosa.

—Esta es simplemente su marca. O su firma, si lo prefieres. Detrás se oculta un bicho mucho más peligroso.

Betty estremecióse asustada.

—¡Ay, señor Jones, me pone los pelos de punta!

Mark rió más satisfecho que preocupado.

—¡Si es verídico, encanto!... Tú no sabes la clase de elemento que es el tal Escarabajo Cojo.

La chica le miró entre perpleja y admirada.

—¿Pero... de verdad se alegra... de enfrentarse con un... un tipo así de peligroso?

—¡De verdad!

—¿Por... qué?

Ella no acababa de comprenderlo.

El señor Jones decía que se trataba de un elemento sumamente temible... y lo tomaba poco menos que como una fiesta.

Que gustos más extraños tienen algunas personas, caramba.

Mark continuaba mostrándose resplandeciente. —¡Porque prefiero enfrentarme con adversarios de mi talla!

Betty echó una mirada encendida sobre la atlética figura varonil.

—¿Quiere decir... que ese Escarabajo Cojo es de su misma estatura?

De qué buena gana rió Mark.

—No, nena, no. No me refiero a la altura física.

Ella comprendió que habíase puesto en ridículo una vez más.

Y después tanto presumir de sabihonda recitando de memoria la leyenda de la princesa Miao Shan...

Tonta, más que tonta.

Delante del señor Jones era inútil que intentase quedar bien.

En seguida metía la pata hasta el hombro.

Mark se pasaba nuevamente los dedos entre el cabello rubio, contemplando el destrozo ocasionado por la piedra.

—¿Qué dirá tu honorable jefe cuando vea todos estos añicos?

Y se lo preguntaba a ella, que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Bueno, eso suponiendo que usara camisa, que no la usaba.

—¡Eso es lo terrible, señor Jones! ¡Una desgracia tan grande!... Mire lo que quedó de esta figurita... Y de este plato de la dinastía Ming...

Iba recogiendo del suelo los fragmentos.

Otros estaban en la misma estantería, confundida la porcelana con el jade.

La dimensión del destrozo era realmente deprimente.

La pobre Betty reconocíase sin valor para enfrentarse con el honorable Chang.

En cierto modo sentíase responsable de lo ocurrido.

—¡Si aquel hombre no me hubiese seguido!... —lamentó a punto de soltar las lágrimas.

—¡Pero querida...!

—No me diga que yo no tengo la culpa, señor Jones. Porque la tengo, toda la culpa. ¿Por qué me seguiría aquel hombre? —pareció preguntarse a sí misma.

Mark la miró de arriba abajo con ojos calientes... ¿Qué tenía de particular que la siguiera un hombre? Lo extraño es que no se la comieran viva.

—Si es el mismo que arrojó la piedra... ya tienes la respuesta, preciosa.

La alarma de Betty se hizo mayor.

—¿Quiere decir... que El Escarabajo Cojo anda detrás de mí también?

—El Escarabajo Cojo y el de los cien pies—, díjose Mark para sus adentros.

Y en voz alta...

—A ése lo único que le interesan son los brillantes, Betty. Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice... viendo todo este destrozo? El señor Chang me despedirá, ¡vaya si me despedirá! Y por si eso fuese poco... ya no podré dormir tranquila temiendo que me ataquen los esbirros de ese hombre tan terrible.

Mostrábase tan afligida y asustada a la vez que el tierno Mark no tuvo más remedio que rodearle los hombros con su fuerte brazo, atrayéndola hacia sí solícito y protector.

—Tú no tienes culpa de nada, bonita... Y nadie volverá a molestarte, ya verás. Tranquilízate, cielo...

Betty dejó caer su cabecita rubia sobre el fuerte pecho varonil, hipando ahogadamente.

El carota de Mark no hacía nada para evitar esta proximidad que estaba vertiendo fuego en sus venas.

¿Qué culpa tenía él si la chica era así de blanda... así de redondita... así de mujer?

Y a él las mujeres tan mujeres le volvían loco, por qué negarlo.

En un tris estuvo que no cometiera un disparate, dejándose arrastrar por su entusiasmo.

Con una fresca cualquiera no lo hubiese pensado dos veces.

Pero Betty era algo sagrado para Mark. Jamás se atrevería a ofenderla.

A veces le tiraba un sabroso pellizco en sus redondeces posteriores o se le escapaba la mano en una caricia un tanto atrevida...

Pero sin intención de ofenderla. De eso nada.

A ella no, desde luego.

Betty era... era demasiado inocente. Demasiado niña, a pesar de aquel hermoso cuerpo tan provocativo, de todas aquellas curvas deliciosas, de toda aquella belleza explosiva.

Podía decirse sin temor a exagerar que Betty ignoraba su terrible poder de seducción. Su enorme magnetismo femenino. Su irresistible sexy.

Ella era así: Un corazoncito de niña en un cuerpo de sirena encantadora.

Por eso Mark se conformó con acariciar los sedosos cabellos rubios que le hacían cosquillas en la cara, esforzándose en olvidar que le dolían los labios por los besos que no podía darle y le dolía cada músculo del cuerpo a fuerza de reprimir su excitada masculinidad.

—Vamos, monina, no llores más... ¿Sabes qué vas a hacer, ahora cuando yo me vaya?

Betty le miró vivamente, terriblemente asustada.

—¿Es que se va? —Naturalmente, querida. ¿Sabes qué hora es? Tengo mis asuntos completamente abandonados esta mañana.

—Sí, es cierto... —reconoció separándose de él con desgana.

—Tu honorable jefe no tardará en llegar, supongo. Y mientras tanto tú pasa los cerrojos y no abras a nadie, ¿entiendes? Igual que hizo Caperucita... ¿O no fue Caperucita?

—No, fueron los siete corderitos cuando su mamá marchó a la compra.

—Bueno, pues igual que los siete corderitos. Atrancas bien la puerta y no abres a nadie, absolutamente a nadie. Yo volveré por aquí a la tarde. Tengo que hablar de todo esto con mi primo.

—Sí...

—¿Más tranquila, mona?

Le tomó la barbilla con el índice y el pulgar, obligándola a mirarle.

La chica tenía una piel suave que era un encanto tocarla.

Y aquellos ojos verdes tan ingenuos, tan bellos, resultaban auténticamente un remanso de dulces y tiernas voluptuosidades.

Mark suspiró, ensanchando el tórax atlético.

A veces sentíase inundado por un sentimiento muy especial cuando Betty le miraba igual que ahora...

Pero él no era hombre que pudiese hacer feliz a una mujer. No le estaba permitido enamorarse.

Su vida era un constante peligro, en lucha contra el mal.

Tenía demasiados enemigos que se la juraron a muerte.

Mañosos, estafadores, canallas de todo tipo... La escoria viva.

Un luchador de su talla no teme al peligro, pero le asusta pensar en el que puedan correr los seres queridos.

CAPÍTULO IV

Betty recogía los últimos fragmentos de porcelana dispersos por el suelo cuando una fuerza poderosa atrajo su mirada hacia el escaparate.

Sintió un inmenso alivio al descubrir la alta y enigmática figura de su jefe al otro lado de los vidrios rotos.

—¡Señor Chang! —exclamó jubilosamente precipitándose hacia la puerta, cuyos cerrojos descorrió con diligencia.

El honorable Chang no tardó en cruzar el umbral, mirando a su alrededor con su expresión más hermética.

—¿Qué ha ocurrido aquí, señorita Halles?

Dijérase que la importancia de los destrozos que a simple vista advertíanse no alcanzaba a inmutarle.

Lo miraba todo serenamente, sin dejar traslucir la más leve sensación.

Era un hombre tan alto como Mark Jones.

Y tan musculoso.

Pero tenía el cabello castaño oscuro, bigotes de mandarín y los ojos ligeramente oblicuos. Grises, como los de Mark. Herencia de su sangre paterna.

Vestía de negro, pantalón y una especie de casaca abotonada de arriba abajo, con cuello de tira redonda.

A Betty siempre le producía un efecto extraño verle vestido así, acostumbrada cómo estaba a verle con su kimono.

«Pero para ella resultaba tan irresistible de una forma como de la otra.

No podía negarse que resultaba un hombre de aspecto impresionante: Tan alto, tan majestuoso y hermético...

Parecía envuelto en un halo de misterio oriental.

Y Betty, que era una deliciosa romántica, suspiraba lánguidamente soñando con él.

Igual que le ocurría con el otro, con el investigador. A pesar de ser tan diferentes los dos.

Y era lo que la pobre Betty no acababa de comprender: Que una mujer pueda estar enamorada de dos hombres a la vez.

Llegó a preguntarse a sí misma si no sería cosa de ir a consultarlo con un psiquiatra.

Porque la verdad es que no sabía prescindir de ninguno de ellos.

¿Acaso tenía dos corazones? ¿Era una especie de bicho raro?

Pobre Betty, todo eran dudas, quebraderos de cabeza desde que entró a trabajar en la tienda sobre cuya puerta podía leerse: «Chang Jones. Arte Oriental».

Y sin embargo jamás sintióse tan deliciosamente feliz...

¡Era tan hermoso estar enamorada de dos hombres como el honorable Chang y el simpático granuja de Mark Jones!...

* * *

Betty tardó un minuto en responder.

Y en ese minuto una incógnita alojóse en su mente...

¿Por qué en los dos años que llevaba trabajando en la tienda no consiguiera ver juntos al honorable Chang y al señor Jones?

Uno se iba y el otro llegaba. Uno salía y el otro entraba...

Pero jamás los dos a la vez, juntos. Siempre igual.

Claro que la mente de Betty no estaba capacitada para resolver problemas de esta índole en tan poco tiempo.

Por eso la incógnita de siempre quedó sin aclarar una vez más: Era preciso prestar atención a lo que decía el jefe.

—;Ha sido... ha sido el Escarabajo Cojo! —anunció sensacionalmente.

—¿Quién?

—¡Ese… ese hombre tan malo, ese criminal! —estremecióse de pánico al mencionarlo.

Los ojos oblicuos del honorable Chang parecieron cerrarse todavía más formando un simple trazo imposible de penetrar, mientras evitaba la expresiva mirada de la encargada.

—¿Y el señor Jones? Le pedí que permaneciese aquí durante mi ausencia.

—¡No hace ni media hora que se marchó! —le defendió Betty calurosamente.

—¿Le dijo él lo de ese... ese...?

—¿Escarabajo?

—Sí.

—¡Arrojaron una piedra envuelta en un papel con un mensaje!

—¿Dónde está?

—Se lo llevó el señor Jones. Dijo que volverá esta tarde para hablar con usted y explicárselo todo. Creo... creo que tiene el propósito de enfrentarse a ese Escarabajo Cojo.

—«Cualquier decisión destinada a preservar el honor del

guerrero es digna de todos los respetos.» Betty le miró arrobada.

Ya estaba el honorable Chang expresándose de aquella forma que ella no comprendía muy bien, pero que tan grata resultaba al oído.

—Nos han enviado un cajón lleno de figuritas falsas... ¡y mire lo que traían dentro! —continuó explicando Betty adelantándose hacia el mostrador sobre el cual Mark dejara los brillantes.

Chang acercóse también, pero mucho más reposadamente. Sin prisas. Sin emoción.

Los brazos cruzados sobre el pecho, la espalda recta...

Por unos minutos contempló en silencio las extraordinarias gemas. Luego alargó la mano y las acarició con repentino fervor.

Betty dejó de mirar los brillantes para observar las largas y nacaradas uñas de su jefe.

Tan cuidadas, tan... poco masculinas.

No pudo evitar que un estremecimiento le recorriera la espalda de arriba abajo.

Le ocurría igual cada vez que imaginaba al honorable Chang acariciando a una mujer.

¿Cómo... cómo podía hacer el amor el honorable Chang?

Qué arañazos.

¿O... es que... el honorable Chang... no necesitaba mujer?

A veces Betty sorprendíase cavilando cosas así.

Un hombre tan hermético, tan misterioso, tan... especial.

Ella no podía imaginárselo acostado con una mujer. Con estas uñas... Al otro sí.

Al otro se lo imaginaba perfectamente... incluso con dos mujeres a la vez. ¡El muy granuja!...

Betty sonreía sola pensándolo. Benévolamente.

Era una chica un poco torpe, pero muy comprensiva.

Sí, era comprensiva Betty.

Ya lo decía ella: Jamás se entregaría a un hombre por dinero, pero si el señor Jones la necesitaba... no vacilaría en hacerle un favor.

Sí, a comprensiva no la ganaba nadie.

* * *

La mano de Chang temblaba conmovida al hundirse en el raudal de irisados reflejos que era el montoncito de brillantes.

Jamás le viera Betty tan emocionado.

El, siempre hermético, impenetrable.

—¡Las lágrimas de Buda!... —le oyó pronunciar con voz que traslucía una profunda emoción.

Y ella sintióse llena de curiosidad.

—¿Cómo dice, señor Chang?

—¡Esas piedras...! —le temblaba la voz y le temblaban las manos, acariciándolas fervorosamente—. ¡Fíjese detenidamente en ellas, señorita Halles!...

—Sí...

—¿No... advierte nada especial?

Betty volcábase materialmente sobre el mostrador, pero a sus ojos profanos la magnífica colección de brillantes continuaba siendo un montoncito de cristales.

Movió la cabeza negativamente, ya antes de responder.

—No...

—¿No advierte su forma ligeramente ovalada? Betty lo advirtió.

—¡Ah, pues es verdad! ¡Tienen forma de lágrima! Hasta ahora no me había fijado... ni el señor Jones tampoco, de lo contrario lo, hubiese comentado.

—¡Qué hermosas son!...

—¿Cómo las llamó?

—«Las lágrimas de Buda».

—¿Y por qué ese nombre?

—Cuenta la leyenda que cuando Buda se retiró al desierto para meditar, Mará [7] le tentó de mil formas. Incluso llegó a ofrecerle a sus bellísimas hijas... Y Buda lloró por los hombres débiles que sucumben a la tentación.

—Y esas lágrimas...

—Al resbalar por las mejillas de Buda convertíanse en diamantes.

Los bellos ojos verdes de la muchacha le miraron abiertos de un palmo.

—¿Quiere decir...?

—Así lo cuenta la leyenda.

—¿Y... esas lágrimas...?

—Están aquí, ante nosotros. Hace bastantes años fueron robadas del templo donde se veneraban, en el Tíbet. Desde entonces van unidas a mil historias de violencia y sangre.

Betty se estremeció, mirándolas con aprensión.

—Me..., me dan miedo.

—Ellas no tienen la culpa de la codicia y la ambición de los hombres.

—Son..., son muy hermosas —las contempló de lejos, con cierto temor religioso. —Maravillosas. —¿Y... qué pasará ahora? —No tardarán en venir a reclamárnoslas. Betty se asustó. —¿Ese... Escarabajo Cojo?

—No cabe duda que su gente las introdujo en el país.

—Fue listo, ¿verdad? —sonrió pensando en el ardid de las

figuritas falsas y el envío remitido desde Hong Kong a nombre del prestigioso anticuario.

—«El espíritu del mal es como una bicha de mil ojos, mil oídos y mil caras. Pero el auténtico tesoro de la sabiduría es la limosna, la ciencia y la virtud. Hacer un poco de bien vale más que cumplir obras difíciles.»

—¿Quién… dijo eso?

—Buda. También dijo que la benevolencia es la primera de las virtudes. Por eso la benevolencia es la ternura del samurái.

—¿Qué hay que hacer para ser bueno y justo, señor Chang?

—«Se engaña el que cree huir de las pasiones buscando la soledad en las montañas y las ermitas. El mejor refugio contra el mal es la sana realidad. Puede volverse la espalda a la excitación de los sentidos y el placer, cumplir la ley y ser un perfecto religioso aunque se viva en el mundo y se esté lleno de adornos.»

—¿Eso… también lo dijo Buda?

—Palabras suyas son.

El expresivo semblante de Betty resplandeció de entusiasmo.

—¡Ese Buda sí que era un tío inteligente!, ¿verdad? ¡Menudas cosas decía! ¿Y la otra caja que esperábamos?

—Esta misma tarde la tendremos aquí. Acaba de decírmelo el consignatario.

—O sea…, que facturaron dos.

—No. La que desembalaron ustedes nada tiene que ver con la auténtica. Es de suponer que tenía que ser escamoteada en el muelle. Todo fue maquinado desde Hong Kong.

El honorable Chang extendió sobre el mostrador su fino pañuelo blanco y fue depositando en él los brillantes con religioso cuidado.

Luego unió las cuatro puntas y las anudó.

—Depositaré esta reliquia en la caja fuerte mientras decido lo que se debe hacer.

—¿Lo…, lo entregará al Escarabajo Cojo, si lo reclama?

—Saben dónde está. Vendrán por él.

—Pero… no les pertenece. Seguro que se trata de una banda de ladrones.

—El egoísmo es la peor de las pasiones.

—¿También lo dijo Buda?

—No, son palabras de Confucio.

—Yo… no sé nada de esos dos personajes.

—«La sinceridad es el comienzo y el fin de todas las cosas», dijo también Confucio.

—No tengo por qué mentir. Soy… una terrible inculta. Pero mi familia jamás pudo enviarme a un buen colegio. Puede decirse que lo poco que sé… es a costa de aprenderlo por mí misma.

—«El hombre perfecto trabaja incansablemente para conseguir su propia perfección.»

Las palabras del honorable Chang, que en realidad expresaban la filosofía del confucionismo, tuvieron el valor de un halago para Betty, que se hinchó de satisfacción.

Chang hizo una reverencia ante ella y se alejó en dirección a la escalera llevándose la increíble colección de brillantes.

Betty permaneció inmóvil mirándole hasta que la puerta del despacho cerróse tras él.

Entonces suspiró profundamente. .Qué sabio era el honorable Chang... y qué cosas tan bonitas decía.

Ella sentíase inmensamente feliz escuchándole embobada.

Hubiese permanecido así horas y horas sin cansarse...

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente Betty no se presentó a trabajar.

Dijérase que al honorable Chang no le extrañó.

Estuvo presenciando cómo reponían los vidrios del escaparate, desembaló la mercancía recibida de Hong Kong la tarde anterior… y luego tomó una silla y sentóse frente a la puerta del establecimiento. Los brazos cruzados sobre el pecho, las manos desapareciendo dentro de las bocamangas del kimono negro…

Hermético. Inmóvil. Sin traslucir la menor sensación el semblante impenetrable.

Dijérase que se trataba de una figura inanimada. Una más entre las muchas que veíanse en la tienda.

Esperando.

¿Qué? ¿A quién?

Noticias.

Sabía que el retraso de Betty no era voluntario.

No se equivocó. A media mañana las campanitas de plata tintinearon y entró un hombre en el establecimiento.

Una especie de gorila humano. Alto, extraordinariamente musculoso, cargado de hombros y con la cara deformada, como la de un boxeador terriblemente castigado.

Vestía un correcto uniforme de chófer de casa grande.

El honorable Chang no se movió. Continuó allí, sentado, inmutable, viéndole acercarse.

Esperaba que el desconocido dijese algo, pero no despegó los labios al entregarle un sobre.

Chang lo abrió y leyó las breves líneas que contenía:

> «La chica a cambio de los brillantes. Siga al mensajero sin hacer preguntas. Por otra parte no le serviría de nada. Es sordomudo.»

Por firma traía un dibujo: Un escarabajo rojo desprovisto de patas.

El honorable Chang no necesitaba más para ponerse pie y tomar el camino de la puerta seguido por el perplejo gorila, que esperaba

una furiosa resistencia y estaba muy lejos de suponer que su trabajo iba a resultar tan fácil.

Tampoco puso resistencia el chino cuando su guía le indicó que subiera al elegante «Cadillac» aparcado en primera fila del solar surgido de los últimos derribos.

Pero dentro había otro hombre. De parecida catadura.

Tosco, mal encarado. El traje elegante le caía como un disfraz.

—¿Trae los brillantes?.—preguntó a Chang.

—Están seguros.

—¡Los brillantes a cambio de la chica, recuérdelo!

—Cada cosa a su debido tiempo. Quiero hablar con el Escarabajo Cojo.

—¡Sospecho que vas a pasarlo mal, amigo!

—«A los hombres se les conquista con la bondad y la justicia», dijo Meng-tsé.

El desconocido replicó con una risotada que hizo temblar el coche.

—¿Piensas convertir al Escarabajo Cojo con tus filosofías, santón? —se burló.

Sin inmutarse el honorable Chang le interrogó:

—¿Sabes quién fue Meng-tsé?

—No.

—¿Y Confucio?

—¡Qué diablos me importa!

—¿Y Buda?

—Un tío que se pirraba porque le hicieran estatuas muy grandes.

La leve sombra de una sonrisa irónica .distendió los labios del chino.

—«La raíz de todos los males es la ignorancia» —sentenció.

—¿Quién dice eso?

—Buda, tu desconocido.

El otro le agarró violentamente por los hombros, encarándosele amenazador. —¿Estás llamándome asno?

—Di a tu compañero que arranque. Tengo prisa.

Su calma desconcertó al otro, que le soltó casi sin darse cuenta de lo que hacía. Luego tocó en el hombro al mudo y le ordenó por medio de señas que se pusiera en marcha.

Por último volvióse hacia Chang y mostrándole unas gafas muy especiales que tenía sobre el asiento, comentó:

—Puesto que sabes tantas cosas... adivinarás fácilmente para qué es esto.

Chang no respondió. No valía la pena.

Y el otro prosiguió:

—No verás nada con ellas, amiguito.

Y uniendo la acción a la palabra, se las puso.

—No intentes quitártelas..., porque me obligarás a atártelas al cuello con una cuerda... y te advierto que soy bastante brusco —agregó.

Chang continuó sin hacer el menor movimiento.

Dijérase incluso que no respiraba.

El coche rodaba ahora a gran velocidad, lo que le permitió adivinar fácilmente que transitaban por la autopista.

Después percibió el olor a gas, procedente de los pozos de petróleo.

Luego el aire se hizo más puro y fresco.

Percibió a lo lejos el rumor del mar...

Adivinó que estaban dejando atrás las aglomeraciones urbanas.

El terreno era llano. Luego se hizo más empinado, aunque no mucho...

Chang veía a través de los sentidos, de su cuerpo, como le enseñara su maestro cuando todavía era un niño.

No tardó en envolverles la inconfundible fragancia de las coníferas.

Poco después se les franqueaba una puerta y los neumáticos rodaron sobre una alfombra de gravilla crujiente.

El coche detúvose al fin y el honorable Chang fue obligado a descender, aunque no le despojaron de las famosas gafas opacas.

Sintióse asido fuertemente por el brazo, para guiarle.

Primero sobre la gravilla, después en el interior de un recinto que olía a gasolina, luego gravilla otra vez y de nuevo baldosas y cemento...

Chang diose cuenta que estaban intentando desorientarle, perdiendo la cuenta de las vueltas y revueltas que le obligaban a dar, siempre a ciegas.

Tenía la impresión de haber llegado al mismo centro de la tierra cuando por fin le despojaron de las gafas que le privaban de la visión.

Y entonces se encontró en una amplia sala semejante a un DOJO [(8)].

Solamente que en uno de los laterales, y en un plano más elevado del suelo, existía una especie de trono de alto respaldo sobre el cual aparecía grabado un gran escarabajo sin patas.

A ambos lados de este sillón parecían hacer la guardia dos gigantescos mongoles con el torso desnudo, calzón abombachado sujeto por ancho cinturón con incrustaciones metálicas, y la cabeza completamente afeitada.

Estaban en actitud firme, con las piernas ligeramente abiertas y ambas manos cerradas sobre la empuñadura de un afilado TACHI [(9)].

El rostro brutal, hermético.

La mirada alerta.

Apenas si les veía respirar.

Como si se tratase de dos estatuas, dos inquietantes y amenazadoras estatuas.

De pronto sonó un gong y abrióse la ancha puerta del lateral, dando paso a un singular cortejo que atrajo toda la atención del chino.

Abría marcha una mujer bellísima, de facciones exóticas y cuerpo escultural.

Iba vestida de negro, con un traje largo ricamente bordado en plata y oro, sugestivamente ajustado al hermoso cuerpo.

El amplio escote dejaba medio al descubierto los senos redondos y túrgidos, de extraordinaria belleza.

Tenía una larga cabellera azabachina, trenzada con hilos de perlas.

Sobre la frente una perla más, maravillosa, en forma de lágrima.

El honorable Chang la miraba como sugestionado.

Era una criatura sorprendente, con un empaque mayestático y al mismo tiempo con un acusado magnetismo femenino.

Los ojos verdes, de fosforescencias felinas, ligeramente oblicuos, sombreados por aterciopeladas pestañas negras.

La boca algo grande, de labios carnosos, sensuales.

El cuello largo, sin una arruga y tan suave y terso como la tez, de ligero color aceitunado.

El vestido era muy escotado por delante y por detrás, pero tenía mangas largas, ceñidas hasta las muñecas, donde se abrían en forma de campana.

Podía decirse que se trataba de un modelo audaz y austero al mismo tiempo. La armonía de líneas del cuerpo que cubría encargábase de realzarlo esplendorosamente.

Chang apenas pestañeaba mientras la veía caminar hacia el trono con su majestuoso empaque, su paso reposado, su fascinante personalidad.

Detrás de ella veíanse dos bonzos de inexpresivo hermetismo.

Luego un muchacho hindú cubierto apenas por un taparrabo y sosteniendo la cadena que iba unida al collar de una hermosa pantera negra de piel brillante y aterciopelada.

Por último cuatro guardaespaldas, todos bien trajeados y hasta podía decirse que con cierta elegancia.

La extraña mujer ocupó el trono, con el muchacho y la pantera echados a sus pies. Los bonzos a ambos lados y el grupo de guardaespaldas un poco retirados, como guardando una respetuosa distancia.

El honorable Chang comprendió: El Escarabajo Cojo no era un hombre, sino la extraordinaria y bellísima mujer que tenía ante él.

CAPÍTULO VI

—Acércate —le oyó decir en medio de un religioso silencio.

Chang avanzó unos pasos, hasta quedar al pie de los cinco peldaños que salvaban el desnivel. —Más —ordenó ella.

Entonces Chang subió los peldaños e inmovilizóse de nuevo a un par de metros de la pantera, que cerraba el paso hacia el trono, como protegiendo a su extraordinaria y exótica ama.

La mujer sonrió irónica.

—¿A quién temes..., a la pantera o a mí?

Chang dobló la espalda en una profunda reverencia.

—«La mujer es mala. Cada vez que se le presente ocasión, toda mujer pecará» —sentenció gravemente—. No lo digo yo. Son palabras de Buda.

Ella no pareció ofenderse.

Al contrario. Dijérase que sonreía divertida.

—Comprendo... ¡Si te dan a escoger te quedas con la pantera!

Se escuchó una discreta risa general. Chang, inmutable, hizo una nueva reverencia. Nadie hubiese podido adivinar lo que pensaba. Pero Jana necesitaba saberlo. Le aguijoneó irónica:

—¿También... para hacer el amor? Reconozco que «Mará» es muy hermosa, pero... ¿hasta ese extremo?

Al decirlo reclinábase para acariciar la lustrosa piel del animal, con lo cual sus hermosos senos, redondos y aterciopelados, parecían salirse por el escote del vestido.

El semblante del honorable Chang no se inmutó. —No he venido a hacer el amor, sino a evitar la guerra.

—¿Son palabras de Buda?

—No, éstas me pertenecen.

Ella volvió a incorporarse, adoptando una actitud majestuosa. Erguida la cabeza, derecha la espalda, apoyadas ambas manos en los brazos del trono...

—¿Sabes quién soy? —preguntó con repentina sequedad.

—No.

—Me llaman Jana. Pero se me conoce más por el Escarabajo Cojo. ¿Te dice algo este nombre?

—Me lo dice la factura de vidrios rotos que pagué esta mañana y

los desperfectos de incalculable valor que un mensaje tuyo ocasionó en mi establecimiento.

—Bah, bagatelas. Una simple advertencia sin importancia. ¿Por qué has acudido tú y no el otro?

—¿El otro?

—Mark Jones. El investigador que se cree infalible.

—Mi primo.

—Lo sé. Es él quien debiera estar aquí, en mi presencia.

—¿Por qué Mark?

—Se interesa por la chica.

—¿Qué chica?

—La encargada de la tienda.

—¿La señorita Betty Halles?

—La llorona, sí.

—A Mark le gustan todas las mujeres. Le gusta la señorita Halles y le gustarías tu. El pobre muchacho es muy impresionable.

—Conozco perfectamente a Mark Jones.

—¿Sí?

—Los periodistas tienen un buen filón en él. Volvía a mostrarse irónica.

—Te advierto que aborrece la publicidad —comentó Chang.

—Muy modesto, el hombre… ¿Es tan excelente budoka como aseguran?

—Por ahí vas bien.

—Un alto DAN [10] en karate, en aikido, en kung fu…

—Eso dicen.

—¿Te extraña si te confieso mi afición por las artes marciales?

—En ti ya no puede extrañarme nada.

—Yo también soy budoka… ¿Te sorprende?

—Después de saber que eres el Escarabajo Cojo, estoy dispuesto a creerlo todo.

—¿Qué opinas de mi identidad?

—Siempre tuve al escarabajo por un bicho repugnante.

—Y yo…

—Tú, a simple vista, no tienes nada de repugnante.

—¿Debo considerarlo un cumplido?

—La mujer prudente acepta con humildad los dones que la naturaleza le concede.

—¿Y eso… es tuyo o de alguno de tus filósofos favoritos?

—Mío, pero inspirado en un pensamiento de Confucio.

—Me lo temía.

—Dime para qué necesitas a mi honorable primo.

—Quiero verle luchar por esa tonta.

—¿Qué tonta?

—La llorona de tu colaboradora. No ha hecho otra cosa más que llorar desde que King-Kong le echó el guante esta mañana, cuando se dirigía hacia la parada del autobús.

—¿King-Kong?

—Mi criado sordomudo.

—Esto me hace pensar en lo que mi primo me dijo el otro día...

—¿Qué te dijo?

—Que debo comprarle un coche a la señorita Halles.

—Creí que todo el mundo tenía coche en L. A. [(11)].

—Mi colaboradora no.

—¿Cómo puedes soportarla?

—Pobre muchacha. Se ve que la has tomado con ella.

—No me interesa. Sólo la uso como cebo.

—¿Cebo?

—Para atraer a Mark Jones.

—¿Y los brillantes? ¿No te interesan?

—Ese es el plato fuerte, lo otro será el postre.

—¿Qué otro?

—¿No lo adivinas? Mark Jones luchará por su muchacha. Aquí, en este dojo. Te advierto que han pasado por él figuras tan destacadas como pueda serlo tu... *honorable* primo.

Se puso en pie vivamente y dio una palmada.

Al instante dos de los guardaespaldas adelantáronse y se pusieron a ambos costados de Chang.

—¡Llevadlo con la chica... y traedme al otro! ¡Una nueva equivocación y «Mará» se encargará de enseñaros cómo hay que hacer las cosas! ¡Y ya sabéis que la tengo bien amaestrada!

No parecía la misma mujer encantadora de minutos antes.

De repente sus facciones endureciéronse hasta adquirir una expresión diabólica; los ojos echaban fuego, oscurecidos y siniestros...

Y sin embargo continuaba estando bellísima, de una hermosura inquietante, peligrosa, como podía serlo la pantera que permanecía tendida a sus pies.

Dijérase que Jana era una criatura irreal, con aquel cuerpo perfecto, vibrante de encendida pasión... La espalda recta, los senos túrgidos, las redondeadas caderas...

Parecía una diosa pagana.

Una diosa del mal, cruel y despiadada..., pero una diosa de fascinante hermosura.

El honorable Chang la contemplaba con entusiasmo extraño en él.

Pero de pronto sintióse alzado en vilo por las manazas de los dos guardaespaldas, que se le clavaron en los brazos como garfios de hierro.

Después le dieron un golpe y perdió el conocimiento.

* * *

Cuando abrió los ojos lo primero que vio fue el semblante lloroso de Betty reclinado sobre el suyo.

—¡Señor Chang, por fin abre los ojos! ¡Creí que ya no volvería a abrirlos más!

¿Qué decía la voz chillona?

¿Chillona…?

No, en aquel instante la voz de Betty antojósele música celestial.

Fue como una inyección de poderosa vitalidad que le hizo incorporarse al instante, totalmente recuperado.

Ella le miraba asombrada, sin dejar de hipar.

—¡Nada de señor Chang, preciosa! —dijo. Y ante los ojos asombrados de Betty procedió a despojarse del kimono, el bigote oriental y la peluca castaña. Luego humedeció el pañuelo en agua y se frotó los párpados y las sienes, borrando la finísima película que dejaba su piel tirante, dando a los ojos un aspecto achinado.

—¡Pero…, pero, señor Jones…! —Ahora sí que Betty no podía creer lo que estaba viendo.

En un abrir y cerrar de ojos el honorable Chang convertíase en el risueño e incorregible señor Jones, que como primera demostración de su identidad le soltaba un tremendo pellizco en la nalga.

—¿Qué te creías, mona? ¿Qué iba a permitir que mi honorable pero inofensivo primo se metiera en este avispero? ¡Hubiese sido tanto como meter un ratón en la jaula de una pantera!

Betty había dejado de llorar como por encanto. Pero una nueva angustia alojárasele en el corazón.

—¿Qué…, qué se propone hacer, señor Jones?

—¡Vas a verlo en seguida…! Pero antes dime cómo te encuentras y si esos granujas te hicieron daño.

—No, me trataron bastante bien… Aunque no me explico por qué me raptaron. Yo no les hice nada, señor Jones, ¡se lo juro! ¡Jamás hice daño a nadie!

—No hace falta que lo jures, querida —sonrió tiernamente acariciándole la mejilla.

—Pero…, ¿por qué yo? ¿Me lo puede explicar?

—Eres el cebo.

—¿El… cebo?

—Eso ha dicho ella.

—¿Quién?

—Él Escarabajo Cojo.

—¿Es una mujer… el Escarabajo Cojo? —se asombró.

—Eso parece.

—¿Y por qué se meterán las mujeres en estos líos, señor Jones?

—¡Espíritu aventurero!

Mark dirigió la mirada a su alrededor, estudiando el terreno que pisaba.

Se hallaban en una bodega, muy bien surtida por cierto.

Una doble hilera de toneles provistos de la correspondiente etiqueta de registro se apilaban contra el muro de la izquierda.

Al otro lado, alineadas en soportes, infinidad de botellas cubiertas de telarañas en su mayoría.

Había también un pequeño lavadero con su correspondiente grifo.

Un armario con catavinos y copas...

En el centro, bajo el círculo de luz de la bombilla, veíase una tosca mesa y sobre ella una gran bandeja con emparedados, fruta y tostadas, además de una jarra y un vaso.

—¿Todo eso es para ti? —preguntó Mark, más tranquilizado sobre el trato que Betty recibía.

—Eso han dicho..., pero hasta ahora no comí nada. No puedo pasarlo.

—Tienes que hacer por poder, muñeca.

Mark prosiguió examinándolo todo.

El control He la refrigeración se encargaba de mantener una temperatura permanente, imprescindible para la conservación de los vinos.

No se veía ninguna ventana. Podía decirse que toda la bodega era como una cámara acorazada cuya única comunicación con el exterior la constituía la pequeña puerta a cuyo pie despertara Mark.

Acercóse a inspeccionarla.

Estaba cerrada por fuera. Con llave.

Era imposible abrirla desde el interior.

Pero no para Mark.

De pronto Betty le vio, no sin el consiguiente asombro, sentarse en el suelo en posición ZAZEN.

A la luz de la bombilla, y entre toneles de vino y telarañas, la figura del hombre, completamente inmóvil en profundo MOKUZO, tenía algo de irreal.

El MOKUZO no es más que una relajación total, un alejamiento de la vida agitada que nos rodea y un acudir al encuentro de uno mismo en busca de paz y serenidad.

Puede durar desde un minuto a diez, e incluso mucho más tiempo.

Esta concentración mental o meditación permite a quien la practica liberar su espíritu y concentrar toda su energía vital al nivel

del SAIKA-TANDEN [12].

El MOKUZO realizado antes de cualquier ejercicio nos permite actuar con todas nuestras facultades físicas y sobre todo con serenidad, debido a la puesta en marcha en general de nuestros reflejos psicosomáticos.

Mark, como buen budoka, sabía todo esto y jamás actuaba sin someterse antes a un prudente MOKUZO.

El auténtico budoka sabe que no hay mejor victoria que la conseguida sin realizar ningún esfuerzo y sin haber perdido la calma.

Siempre el más fuerte es el más benevolente. Siempre el más fuerte es el que menos necesita demostrar lo fuerte que es. Siempre el más sabio es el que menos alardea de sabiduría.

Pero por desgracia no todo el mundo está capacitado para comprenderlo así y hemos de vivir preparados para defendernos de nuestros enemigos.

* * *

Mark se puso en pie con agilidad felina, verdaderamente sorprendente en un hombre de más de un metro ochenta de estatura y con un peso de ochenta y dos kilos de músculo.

Sintióse en actitud YOI [13] delante de la puerta.

Así un minuto. Quizá dos. . Luego lanzó su poderoso KIAI [14] silencioso al tiempo que descargaba un terrible TETTSUIUCHI [15] en el tablero contiguo a la cerradura, haciéndolo astillas.

Después de esto sólo tuvo que apartar las astillas e introducir la mano por el orificio para hacer girar la llave que le dejaba el paso franco. A nadie se le ocurrió hacer vigilar la puerta, convencidos de su fortaleza inexpugnable.

Betty permanecía todo este tiempo inmóvil y muda, observándolo con ojos asombrados, unidas sobre el pecho las manos como si pretendiera contener el desenfrenado golpetear del corazón.

Ya sin obstáculos ante él, Mark acercósele tranquilizador.

—Vamos, bonita. Alegra esa cara, que lo peor ya está pasado.

Ella le contemplaba sin pestañear.

—¡Ay, señor Jones, qué sangre fría tiene usted...!

—¡Nada de eso, nena! ¡La tengo caliente... y bien caliente! —rió Mark.

—¿Cómo es posible que haya roto la puerta de un solo puñetazo?

—Entrenamiento, querida.

—¿No..., no le duele la mano?

Mark sonrió de aquella forma simpática y desenfadada.

—¡Qué va a doler! —Y sin transición—: Escucha: Quédate aquí y

cierra la puerta por dentro. Pero guárdate la llave, así nadie te molestará.

—¿Y... usted?

—Yo tengo una cita con una dama. Oye, seré mejor que te pongas el kimono y la peluca y te sientes allá en el fondo" donde hay menos luz. Es por si a alguno se le ocurre venir a curiosear, ¿comprendes?

—Sí.

—Conviene que esa gente crea que el honorable Chang continúa encerrado en la bodega.

—Tenga... cuidado, señor Jones —tembló por él.

Mark la hubiese besado de buena gana para agradecerle su solicitud, pero se conformó con pellizcarle la mejilla, como a uña criatura.

—Lo haré, pequeña. Por la cuenta que me tiene...

Todavía la miró a los ojos un minuto.

Era curioso lo que le ocurría siempre con Betty.

La belleza de esta chica le excitaba los sentidos poniendo a prueba su masculinidad... y sin embargo jamás se atrevía a propasarse con ella, algo realmente fácil con otras que no eran tan hermosas ni tan mujeres.

Suspiró profundamente apartándose ya de ella.

—Cuídate, preciosa —le recomendó en el último instante—. Y come. ¡Eso tiene muy buen aspecto!

Acercóse a la puerta y la empujó con precaución, echando una mirada por el corredor que se abría ante ella en sentido ascendente.

Comprendió que se hallaban bajo tierra.

No se veía a nadie ni se oía el menor ruido.

—Cierra, Betty —recomendó en el último instante.

Y cruzó el umbral sin pensarlo más.

CAPÍTULO VII

Le esperaba una gran sorpresa al salir al exterior y comprobar que se hallaba en un hermoso y bien cuidado jardín, el cual servía de marco a una elegante mansión de líneas vanguardistas.

Hubiese jurado que se encontraba en una especie de fortaleza medieval, de difícil acceso.

Y allí todo era de una fragilidad encantadora, simpático, acogedor...

Hermosos árboles y esbeltas palmeras refrescaban el ambiente, proyectando sus alargadas sombras sobre la mansión, en esta hora mágica del atardecer. ,

Mark dedicóse a reconocer el terreno y no dejó de sorprenderle el hecho de que no existiera vigilancia.

No tenía ningún plan preconcebido y necesitaba conocer sus posibilidades antes de aventurarse a dar un peso en falso.

Comprobó que la bodega quedaba a espaldas de la casa, bajo tierra, aprovechando el pronunciado desnivel del terreno.

También le resultó fácil descubrir que toda la finca estaba rodeada por un muro y que el único acceso lo constituía el portalón de reja vigilado por dos hombres, perfectamente uniformados.

La casa componíase de dos plantas asimétricas, la de arriba con marcada tendencia oriental.

Estaba rodeada por un largo porche arqueado y asentábase sobre una meseta pavimentada de grandes y pulidas losas, entre las cuales veíanse crecer estrechos surcos de fino césped.

Mark descubrió también una vistosa piscina muy cinematográfica, toda de mármol rosa, con un bonito surtidor sostenido por sirenitas, en el centro.

Las ramas de los lánguidos sauces llorones besaban el agua transparente y cristalina.

Saltaba a la vista que todas aquellas maravillas, en las que no se regateara el dinero, pertenecían a una persona de grandes posibilidades económicas.

A través de los relucientes cristales podían verse unos interiores amueblados y decorados con un lujo a tono con el resto del conjunto.

Mark preguntóse con curiosidad dónde estaría emplazado el

DOJO, que fue escenario de su primer enfrentamiento con la extraña y maravillosa mujer cuyo apodo, el Escarabajo Cojo, era la pesadilla de las brigadas secretas de todo el mundo.

El Escarabajo Cojo... una mujer.

Jamás se le hubiese ocurrido pensarlo.

Pero... ¿por qué el Escarabajo Cojo? Por suerte para ella y para sus admiradores, Jana tenía dos hermosas y bien torneadas piernas, firmes y fuertes.

* * *

Cayó la noche y se encendieron las luces de la mansión.

Pero ni siquiera ahora Mark alcanzó a descubrir el menor rastro de vigilancia.

Continuó esperando, oculto entre los arbustos del jardín.

No sabía qué.

Pero lo supo cuando oyó un chapoteo en la piscina.

Minutos después su arrogante silueta varonil recortábase firme y tranquila junto al borde, fumando con gran calma.

Vestía pantalón gris y suéter asedado, blanco, de cuello alto. Era la ropa que llevaba debajo del kimono.

Llevóse el cigarrillo a los labios y fumó con gran calma mientras seguía con la mirada las evoluciones de la bañista.

Mark no tardó en darse cuenta que estaba desnuda por completo, como una deidad pagana de perfecta hermosura.

A través de las ondas cristalinas el cuerpo bellísimo deslizábase y giraba rítmicamente con perfección de auténtico ballet acuático.

Las carnes mórbidas semejaban algo irreal, de ensueño, cortando la superficie transparente.

No había mucha luz, pero sí la suficiente para que los ojos de Mark, ojos de hombre al fin y al cabo, se extasiaran contemplándola.

De pronto ella le vio.

Allí, inmóvil y mudo en el borde de la piscina. Tranquilo, seguro de sí mismo. Retador incluso en su misma parsimonia. Jana no pareció sorprenderse.

—¿Por qué no te tiras? —preguntó desde la distancia, sosteniéndose a flote.

—No tengo bañador.

—¿Y eso qué importa? Es una delicia sentir la estremecedora caricia del agua en cada centímetro del cuerpo... Anda, decídete.

Mark no esperó a que se lo repitiese dos veces.

El era así de tranquilo.

Arrojó al suelo el cigarrillo y en pocos minutos nadaba hacia ella tal como vino al mundo.

— Jana lo recibió con una embrujadora sonrisa.

—¿Lo ves, tonto? ¡Así resulta delicioso...!

Comenzó a bracear sin preocuparse de averiguar si él la seguía o no.

Pero la seguía, vaya si la seguía.

—Te esperaba —dijo, viendo surgir del agua la rubia cabeza del hombre, a su altura—. Sabía que no abandonarías a su suerte a la llorona y a tu honorable primo.

—¿Por eso retiraste la vigilancia?

—Te advierto que aquí jamás hay vigilancia.

—¿Tan segura te sientes?

—Estoy segura.

—¿Eres en realidad el Escarabajo Cojo?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Soy investigador, no lo olvides. Tengo acceso a muchos archivos secretos.

—Sabía que para ti no era una incógnita mi identidad.

—No.

—Acaso no esté bien decírtelo..., pero confieso que te admiro. Eres una especie de héroe para mí.

—Yo te admiro a ti... y no me importa nada confesarlo.

—Bah, palabras de hombre. Os resulta muy fácil decir cuatro cosas bonitas a una mujer.

—Depende de cómo sea la mujer. Tú..., tú le dejas a uno bizco, chiquilla.

Nadaba a su lado.

En aquel momento alargó el brazo y rodeó la estrecha y cimbreante cintura femenina.

Advirtió en ella un involuntario estremecimiento de placer...

Sin embargo, cuando su mano resbaló atrevida sobre aquellas redondeces aterciopeladas, Jana hizo un brusco giro poniéndose fuera de su alcance.

—¿No te parece que vas demasiado aprisa, Mark Jones?

Su voz tenía una cierta dureza, aunque no podía decirse que resultara demasiado convincente. Pero Mark era realmente incorregible. Volvió a pegarse a ella.

—Yo soy así. No me gusta perder el tiempo.

—No seas caradura.

—Me esperabas, ¿no?

—No... para eso. A otro ya le hubiese alojado cuatro balas en el cuerpo.

—¿Tú?

—Nos vigilan, aunque no lo parezca. Una simple señal mía y te dejan seco.

—Acabas de decir que no necesitas que te guarden…

—No temo a mis enemigos.

—¿Y… a mí… sí?

—Es posible.

—Soy tu más fiel esclavo.

—No te hagas el chistoso.

—¿De dónde eres, Jana?

—Un poco de muchos países.

—Esos ojos tan ardientes…

—Árabes.

—Esa tez de terciopelo…

—Malaya.

—Esa majestad…

—Soy de noble cuna brahmana, aunque no lo creas.

—¿Y por qué he de ponerlo en duda? Yo tengo un primo que es mitad americano y la otra mitad descendiente de samuráis.

Jana sonrió un tanto enigmática.

—¿El honorable y aburrido Chang Jones?

—Exacto.

—Por poco le hago matar al ver que no traía los brillantes.

—Los tengo yo.

—¿Aquí?

—No. Primero sueltas a tus prisioneros y después… tal vez te entregue los brillantes.

—¿Sabes cómo se les conoce?

—Me lo ha dicho Chang: «Las lágrimas de Buda.»

—¿Tú crees en las leyendas?

—Creo en el valor material de esas piedras.

—Entonces comprenderás que esté dispuesta a conseguirlas al precio que sea.

—¿Robándolas, incluso?

—Robar a un ladrón no es delito.

—¿A un ladrón?

—Otros las robaron antes que yo.

—Pero continúan teniendo dueño: Los monjes de Pendjab, en el Tíbet.

—Bah. Según su religión los monjes budistas no pueden tener en propiedad más que tres piezas de ropa, un plato mendicante, un cinturón, una navaja de afeitar, una aguja con hilo y un filtro para agua.

—Ellos quizá no, pero los brillantes pertenecen al tesoro del templo.

—Siempre consideré que debiera existir una ley desautorizando esos tesoros improductivos. ¡Cuántas necesidades podrían resolver

convertidos en dinero y repartidos entre los pobres!

—En el caso de esos brillantes se trata de una reliquia sagrada.

—¡No me hagas reír! Ni tú mismo crees eso que dices —se burló.

* * *

—¿Sabes, Jana? Siempre estuve convencido que el Escarabajo Cojo era un nombre.

—Hubo un tiempo en que lo fue.

—¿Tu esposo?

—No, mi padre. De muchacho, el coche de un rico lo atropello dejándole sin piernas.

—De ahí lo de *cojo*.

—Sí. Y de ahí la resolución de no respetar la propiedad de los poderosos.

—¿Por qué?

—Aquel hombre rico se negó a entregar a mi padre la más pequeña indemnización a cambio de sus piernas.

—Mal hecho.

—Los ricos son así la mayoría de las veces.

—Tú eres rica ahora.

—No lo creas. No robo para mí.

—¿Y esta casa… y todo este lujo…?

—Bueno, digamos que me reservo una comisión cada vez que intervengo. Tengo que vivir, ¿no te parece?

—Por supuesto. ¿Para quién trabajas, Jana?

—Hay mucha miseria en la India.

—¿Te expones a mil peligros por caridad?

—¿Caridad? Dice Confucio que el desprendimiento nace del sentimiento de humanidad, no de la caridad engendrada en la compasión. Yo me expongo por humanidad, Mark. Bueno, y también un poco porque me apasiona la aventura.

—Y pensar que tenía la ilusión de enfrentarme con el Escarabajo Cojo en alguna de las artes marciales…

—Soy buena luchadora, pero supongo que preferirás enfrentarte con un oponente de tu talla.

—¿Quieres que luche?

—Hay un dojo aquí, en la finca. Cada día me entreno. Y mis hombres también. Es decir, cuando estoy en L. A. Ya debes saber que viajo con frecuencia.

—Sé que vas dejando tu tarjeta de visita por el mundo adelante —sonrió Mark—. Para ti no hay fronteras.

—No, no las hay. ¿Estás dispuesto a luchar?

—Si el premio lo merece…

—La vida de esos dos.

—¿No puedes ofrecerme algo... más personal?

Volvía a acercársele, olvidando sus advertencias.

Buceó por debajo de ella rozándose sus cuerpos.

El de la mujer tuvo como una sacudida de placer..., pero Mark tampoco pudo evitar la excitación erótica.

Por un minuto perdió el control y se abrazó a ella, gozando de su proximidad.

Jana diose dócil y mermada, participando de la misma emoción.

Sus hermosos senos se excitaron sintiéndose acariciados...

Pero todo sucedió tan rápidamente que Mark nunca pudo saber si llegó a poseerla o no.

Porque de pronto ella sacó un brazo fuera del agua dando una orden... y una lluvia de balas cavó en torno de los dos, lo suficientemente lejos para no "alcanzarles, pero a la vez lo suficientemente elocuentes para poner freno a la fogosidad de Mark.

—No has sido... muy considerada —deslizó en el oído de Jana siguiéndola hacia la orilla.

La respuesta de ella fue tan lacónica como elocuente:

—Te lo advertí.

CAPÍTULO VIII

—¿Has cenado, Mark?

—No.

—En ese caso tendrás que recuperar fuerzas para estar a punto. Tu contrincante ya lo está.

—¿Has decidido que sea hoy la lucha?

—¿Por qué no?

—¿Y podré llevarme a la chica y a mi primo?

—Eso... depende.

—Lo has prometido.

—¿Tanta prisa tienes en dejarme?

—Ninguna. Pero la familia de Betty estará preocupada.

—Dime la verdad, Mark, ¿qué sientes por esa muchacha? ¿Compasión... o amor?

—¿Te importa?

Estaban fuera del agua.

Jana envuelta en su albornoz cortito amarillo y él en uno rojo que ella le facilitó.

Se habían duchado allí mismo, al aire libre, y ahora instalábanse en sendas tumbonas con una mesita alargada entre ambos.

Sin responder, Jana dio una palmada y al instante se presentaron dos criados uniformados portando sendas bandejas que dejaron sobre la mesa.

Había allí caviar y los complementos habituales: paté, langosta fría, fruta variada, pasteles... y champaña helado, que uno de los camareros sirvió en las esbeltas copas.

A un simple gesto de Jana los dos hombres retrocedieron haciendo mil reverencias hasta desaparecer.

—No se puede negar que los tienes bien amaestrados —comentó Mark un poco burlón.

—Estoy acostumbrada a mandar.

—¿Es... una advertencia?

—Tómalo como quieras.

—Todavía me debes una respuesta...

—No seas estúpido, Mark Jones. ¿Crees que una mujer como yo puede sentir celos de una chica tan vulgar e insignificante como esa

rubia teñida?

Con qué desprecio lo dijo.

Y sin embargo Mark supo que no era sincera.

Sí, algo vibró en su voz que traicionaba su propia debilidad femenina.

A pesar de tanta arrogancia.

De toda aquella manifiesta superioridad sobre una chica de arrabal.

Y de pronto Mark comenzó a mirarla con otros ojos. Sintió compasión por ella.

—¿Por qué estás metida en este juego tan peligroso, Jana?

Jana se encogió de hombros mientras se llevaba a los dientes blanquísimos una tostada con caviar rodeado de cebolla y huevo duro picados.

—Me gusta.

—¿No serías más feliz casada y criando media docena de hijos?

—El matrimonio queda para las mujeres vulgares. Yo no soportaría la esclavitud doméstica..., ni la tiranía de un marido.

—Esta vida no es para una muchacha.

—Estoy acostumbrada. Crecí y me formé en el ambiente.

—¿No renunciarías... por nada?

—No.

—¿Adivinas cuál será tu fin?

—No me importa.

—Y si yo te lo pido...

Sus ojos se encontraron por encima de la mesa, colocada entre los dos.

Un minuto.

Los de ella crecían hacer una pregunta apremiante..., pero no tardaron en descubrir que los de él prestaban más atención al destape de los hermosos senos que dejara casi al desnudo la bata al aflojarse.

La cruzó de nuevo sobre el pecho con un gesto un tanto brusco mientras respondía bastante desabrida:

—Nadie pide nada a Jana. Ella da lo que quiere. Punto.

* * *

La lucha iba a tener por escenario el dojo. Mark pensó que al fin iba a saber dónde estaba ubicado.

Pero no contaba con que le vendarían de nuevo los ojos para conducirla hasta allí.

Y cuando le retiraron la venda, Jana ya estaba en pie delante de

su trono, con todo el ceremonial de horas atrás.

El muchacho hindú y la pantera echados a sus pies, los dos bonzos a sus costados, los mongoles con las manos cruzadas sobre el KEN [16] de su TACHI. La escolta de guardaespaldas a respetuosa distancia...

En esta ocasión la extraordinaria mujer iba envuelta en un SARI [17] de seda natural, morado, con ribetes de oro.

Este vestido tradicional hindú, con sus más de cinco metros de largo, ajustado al cuerpo femenino sin costuras ni alfileres de ninguna clase, realzaba la belleza y majestad de la hermosa figura de Jana como ninguna otra prenda.

Mark, cuyos ojos la contemplaban encendidos de ardiente admiración masculina, con gusto le hubiese pedido que vistiera siempre el SARI.

A él le facilitaron un KARATEGI [18] blanco.

Estaba descalzo sobre el TATAMI.

Mark preguntábase quién sería su oponente cuando a una señal de Jana uno de los dos mongoles adelantóse hasta quedar frente a ella e hizo una reverencia.

—Yen, pelea como tú sabes. Quiero que demuestres a Mark Jones que se puede luchar tan bien como él sin necesidad de salir en los periódicos. Deja aquí el TACHI. Será un enfrentamiento a manos limpias.

Mark la vio sonreír.

Y su sonrisa tenía algo de diabólica en la boca que parecía hecha para besar y ser besada.

La verdad es que Mark, pese a toda su estatura y a la arrogancia de su atlético cuerpo bien disciplinado, resultaba casi ridículo comparado con el gigantesco mongol que en aquel momento reuníase con él en el terreno de lucha.

Jana todavía agregó, elevando la voz para que todos la oyesen:

—¡Quiero ver una exhibición de kung-fu! ¡El vencedor recibirá su premio!

Jana dio una palmada para que comenzara el enfrentamiento y se sentó.

Los dos adversarios situáronse frente a frente y cambiaron el ritual REI [19]: un RITZUREI [20].

Pero antes ya de que Mark tuviese tiempo de ponerse en YOL el mongol lanzó un feroz KIAI al tiempo que atacaba con un movimiento de CHAKA-SHIKI [21] que Mark apenas logró esquivar.

Este comienzo inesperado le hizo comprender la dureza que iba a presidir la pelea.

Contestó con un NEKOASHI-DASHI [22] y volvió a evitar a su adversario ayudándole a caer con un CHANG-QUAN [23].

El mongol, que no lo esperaba, tropezó con la pierna estirada de Mark y cayó, pero levantóse rápidamente y lanzó un KIAI al atacarle.

Mark le esperó serenamente haciendo un movimiento DAIQI-QUAN [24], que hizo saltar al otro por encima de su cabeza, con tan mala fortuna que fue a pegar de cara contra los escalones, rompiéndose el tabique nasal.

Cuando se incorporó sangraba copiosamente por la nariz y apenas lograba mantenerse en pie, ligeramente conmocionado por el golpe.

Jana dio una palmada ordenando suspender el encuentro con un mudo gesto. El combate había durado escasamente tres minutos.

Los bellos ojos de la mujer contemplaban con inconfesable admiración al nuevo David.

Mark mostrábase fresco y sereno.

En las artes marciales no evidenciar el esfuerzo es básico, por cuanto denota el gran dominio que se ha alcanzado en la disciplina.

No hay nada que parezca tan fácil como aquello que se ha realizado a la perfección sin esfuerzo aparente alguno.

CAPÍTULO IX

Después Jana se puso en pie.

Mark permanecía inmóvil viendo cómo su adversario era retirado del dojo.

—Te felicito —dijo ella—. Eres un luchador extraordinario. Ahora comprendo el alcance de tu fama. No son exageraciones lo que se cuenta de ti.

Mark hizo de nuevo el RITZUREI, como si hubiese sido ella en realidad su contrincante.

La ironía del gesto hizo gracia a Jana, que sonrió cordial.

Luego se puso en camino en dirección a la puerta, seguida con su extraño cortejo.

Mark comprobó que solamente quedaba en el dojo uno de los guardaespaldas, el cual acércosele con un pañuelo negro en la mano.

—Tengo orden de vendarte los ojos.

—¿Otra vez?

—A mí no me preguntes.

—¿Dónde me llevas?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Y si me resisto?

—Ningún peligro te amenaza. Es simple precaución.

—¡Como para fiarse!

—¿Has recibido tu premio por ganar la pelea?

—No.

—Entonces vete a buscarlo. Mark dejó de resistirse.

En realidad hasta" ahora todo se desarrollara deportivamente.

Un poco sucio el mongol…, pero eso era cosa suya. No se adquiere el DO [25] por kilos más o menos de músculo.

¿Por qué desconfiar, pues?

Dejó que el otro le vendase nuevamente los ojos y le guiara a ciegas a buen seguro por el mismo camino que le condujo hasta el dojo.

Momentos después comenzó a advertir un suave perfume a su alrededor. Un perfume que asoció instintivamente con la bella y extraña mujer que era Jana *el Escarabajo Cojo.*

Le abandonaron inmerso en él.

Se hizo el silencio.

Mark, sin detenerse a pensarlo más, despojóse de la venda que le cubría los ojos y miró a su alrededor...

Sí, le habían dejado solo... en un dormitorio de acusado estilo japonés.

El gran lecho, casi a ras del suelo cubierto por el TAMATI. El SHOIN (26) junto a la ventana. Los FUSUMA (27), las lámparas de fino junquillo envolviendo la estancia en una grata semipenumbra singularmente íntima y acogedora...

Los hermosos adornos florales...

¿Quién practicaba en la casa el IKEBANA (28)?

Para practicar el IKEBANA es preciso un mínimo de sensibilidad y el amor a la naturaleza propio de los orientales. Los propios samuráis eran todos grandes aficionados al IKEBANA.

* * *

Mark adivinó que se hallaba en las habitaciones privadas de Jana. Todo olía a ella. Todo la recordaba.

Exótico, bello, con su buena dosis de misterio...

AI otro lado del fusuma, detrás de la cabecera del lecho, oíase correr una ducha.

Hasta Mark llegaba el inconfundible chapoteo del agua, los pequeños gritos de placer de la mujer cuyo cuerpo refrescábase bajo la fina lluvia tamizada...

Sonrió... y un estremecimiento le recorrió la médula contemplando con los ojos de la imaginación lo que el fusuma ocultaba.

Poco después dejó de oírse la ducha y el fusuma deslizóse hacia un lado dando paso a la propia Jana, envuelta en una suave bata de felpa rosa.

Iba descalza y llevaba el cabello completamente suelto y seco. Recién cepillado.

Miró a Mark y Mark la miró a ella...

En aquel instante sonó una campanita.

Jana sonrió viniendo hacia la ventana...

—¿Sabes qué fue eso?

—No.

—Mi FURIN (29) particular. ¿Y sabes lo que es el FURIN?

—Sí.

—¿De verdad?

—No te olvides que tengo un primo medio japonés.

—Cierto. Me gusta escuchar su sonido... a pesar de que aquí dentro la refrigeración anula sus efectos.

Estaba de nuevo junto a Mark, a uno de los costados del lecho.

Se tomó una pausa, como recreándose en excitar al hombre con aquella proximidad y aquella mirada que parecían prometer tantas cosas.

Luego aflojó la bata y dejó que se deslizara lentamente hacia el suelo.

—El premio para el vencedor —pronunció con voz susurrante.

Mark no pudo responder. La contemplación de tanta belleza habíale dejado mudo.

* * *

Las primeras luces del alba penetraban entre las persianas.

Mark deslizóse con sumo cuidado fuera del lecho y contempló a Jana dormida plácidamente con una sonrisa deliciosa vagando en la boca ardiente.

Qué bella era.

Y qué mujer.

Mark estremecióse recordando las horas de amor vividas a su lado.

Y sin embargo... no experimentaba la placentera sensación de plenitud de otras veces.

Tampoco podía precisar lo que sentía por Jana en aquellos momentos.

¿Gratitud?

¿Pasión?

¿Indiferencia?

NO, indiferencia no.

Imposible.

Todo menos indiferencia.

No puede permanecerse indiferente ante una mujer que nos ha permitido vivir a su lado horas inolvidables. Pero tampoco era amor.

Jana podía ser muy bella..., muy mujer..., pero era también una criatura diabólica, refinadamente cruel. Un cerebro frío y calculador como una computadora.

Y una persona así no puede inspirar amor..., porque amor no es solamente pasión o placer de una hora, de un momento.

Amor es también ternura, comprensión, tolerancia, deseos de proteger...

Jana no necesitaba que nadie la protegiese.

Y resultaba imposible pretender comprender su conducta singular, aquella ansia insaciable de aventura, de riesgo...

No, Mark no podía haberse enamorado de la hermosa mujer que

le entregó su cuerpo para que gozara con ella en el marco increíble de esta habitación que parecía arrancada de una SHI [30] auténtica.

Y sin embargo... sentía como un maldito aguijón clavado en su carne y en su masculinidad el deseo de volver a tomarla en brazos y enloquecer de nuevo poseyendo toda aquella belleza.

La tentación era mucha.

Pero no olvidemos que Mark era un budoka excepcional. Y en las artes marciales no es suficiente desarrollar unas óptimas condiciones físicas, sino también mentales y espirituales. Estas condiciones mentales deben ser las que prevalezcan en todo momento.

Mark sabía que fuera de allí, lejos de aquellas cuatro paredes, de aquella mujer toda pasión, le esperaba una misión que cumplir.

Por eso no vaciló en volver la espalda al lecho donde Jana dormía ajena a todo este tropel de pensamientos que galopaban tras la frente varonil.

Una ducha fría le despejó.

Poco después abandonaba la habitación sin mirar atrás. Tenía prisa por salir de allí, lo necesitaba... y sabía que la hermosa Jana era una tentación demasiado fuerte.

La casa veíase desierta. Sin vigilar. Continuó intrigándole el hecho de que Jana se guardase tan poco.

Por lo menos aparentemente.

Era muy temprano todavía cuando Mark cruzó el jardín y saltó la tapia.

Echó a andar por la ancha avenida perfilada de esbeltas palmeras... y no tardó en comprobar que se hallaba en pleno Beverly Hills.

Sonrió divertido, a su pesar. Era inteligente, Jana. Y muy astuta.

A nadie se le ocurriría jamás buscar al Escarabajo Cojo en un lugar tan significativo, en medio de magnates y famosos.

Buen golpe, desde luego.

Esta sí era una KATA [31] digna de un campeón.

Mark comenzaba a explicarse mejor la razón de los esbirros y guardaespaldas bien trajeados, el «Cadillac», la ausencia de vigilancia...

Todo calculado, perfectamente estudiado. Obedeciendo a un plan.

Un auténtico desafío a les más sagaces investigadores.

Por eso no lograban dar con ella.

La doble personalidad de Jana salvaguardaba el incógnito del aventurero ladrón mejor que un regimiento de guardaespaldas y pistoleros a sueldo.

¿Cómo asociar la imagen de esta bella y exquisita mujer y su tren de vida como una potentada más en medio de potentados... con el

Escarabajo Cojo, el singular personaje que traía de coronilla a la policía secreta de todo el mundo?

Mark reía todavía pensando en todo esto cuando alquiló un coche y se puso en camino.

Echó de menos su «Jaguar». Rodaba solamente a ciento veinte... y él tenía prisa, mucha prisa.

Le esperaba una jornada de mucha actividad.

CAPÍTULO X

A la pobre Betty le dolía todo el cuerpo.

Había dormido sobre una estera, envuelta en el kimono del honorable Chang, pero sentíase como si le hubiesen dado una paliza.

Además, estaba preocupada.

Nadie daba señales de vida...

¿Se habrían marchado todos olvidándose de ella?

Claro que tenía la solución en la mano: Abrir la puerta y largarse.

Largarse...

Sin saber dónde diablos estaba, sin poder adivinar lo que le esperaba al otro lado de aquella puerta...

Cuando la obligaron a subir al magnífico «Cadillac» negro lo primero que hicieron fue vendarle los ojos.

Y cuando le retiraron la venda estaba aquí, en esta bodega.

Le dijeron que se portara bien y le trajeron todos aquellos manjares que permanecían intactos en la bandeja.

¿Quién pensaba en tragar, con esta angustia apretándole la garganta...?

Bueno, pues desde entonces no volvió a ver a nadie.

Es decir, vio al señor Jones vestido del honorable Chang.

Todavía no podía creerlo.

¿Cómo..., cómo diablos saber cuál de los dos hombres era en realidad?

¿El honorable Chang vestido de señor Jones? ¿El señor Jones disfrazado de honorable Chang?

Menudo lío.

Sólo que...

Sí, Betty estaba segura de haberse fijado en algo que le ayudaría siempre a identificarlos.

Pero no recordaba qué.

Un detalle...

¿Cuál?

Ah, no lo sabía.

Por más que se esforzaba en recordar no conseguía precisarlo.

Tendría que volver a verles a los dos para averiguarlo, seguro.

Suspiró mirando a su alrededor...

Esta situación duraba demasiado ya.

«Lástima que no se me dé por la bebida. ¡Podía pasarlo en grande!», pensó fijándose en todos aquellos toneles, en tantas y tantas botellas.

Pero ella solamente tomaba naranjadas y cosas así. El alcohol se le subía en seguida a la cabeza.

En una ocasión Tommy Lañe, su amigo el marinero, insistió para que bebiese una cerveza y se puso chispa.

La de tonterías que dijo.

—Me gusta horrores el honorable Chang... y el señor Jones me tiene completamente loca, Tommy. ¡Ojalá pudiese casarme con los dos! ¿Sabes lo que haría? Compraría una cama muy grande, muy grande... y yo me pondría en .medio dé los dos. ¡Qué bien lo íbamos a pasar"...! ¡Hip...!

Después le dio llorona.

—¡Qué desgraciadita soy, Tommy...! Nadie me quiere. Soy una pobre chica inculta y completamente vulgar... ¿Cómo van a fijarse en mí hombres como el atractivo señor Jones o el interesante señor Chang? ¿Cómo? ¡Hip...!

Menos mal que Tommy era una buena persona y no se aprovechó.

Otro la hubiese llevado a una de esas habitaciones para parejas.

Pero Tommy era un muchacho serio. Los dos se conocían desde el tiempo en que la familia de Tommy vivía en la misma calle que los Halles.

De chicos ya eran amigos. Allí en la calle todo el mundo se conocía. No ocurría como en los barrios elegantes, que nadie sabe a quién tiene de vecino. Es una ventaja de ser pobre.

Lo malo es que los pobres no pueden costear a los hijos colegios importantes y después resulta que una no sabe nada de nada y se siente acomplejada delante de personas como el honorable Chang y el señor Jones...

Lástima no ser hombre.

Un hombre se enrola en la Navy y todas las chicas se vuelven locas por él, como le ocurría a Tommy, que hay que ver lo solicitado que estaba.

Pero una muchacha...

A Betty casi le daban ganas de emborracharse otra vez para olvidar todas sus penas.

Lo malo es que a lo mejor volvía a darle llorona...

* * *

Oyó unos golpes en la puerta.

—¡Señorita Halles, abra!...

«Señorita Halles»...

¡Era el honorable señor Chang!

¡Qué increíble sorpresa!

Apresuróse a abrir para que entrase.

—¡Señor Chang!, ¿qué hace usted aquí?

No sabía si alegrarse o sentirse más preocupada de lo que ya estaba.

Y de pronto la asaltó una terrible duda...

¿Era realmente el señor Chang... o se trataba del señor Jones disfrazado, como la otra vez?

A punto estuvo de darle un tirón a los bigotes, para comprobarlo.

Menos mal que recapacitó a tiempo. ¿De cuántas pelucas y cuántos bigotes postizos iba a disponer el señor Jones?

Porque ella tenía apretujados en el bolso los que el investigador llevaba puestos el día anterior...

Chang mostrábase intranquilo.

Por primera vez desde que Betty le conocía, su habitual calma oriental le fallaba.

—Hay que salir de aquí en seguida, señorita Halles.

—¿Cómo..., cómo dio conmigo?

—Me envía mi primo. El me explicó cómo podía encontrarla.

—¿Dónde está?

—Me acompañó hasta aquí..., pero le vigilan y no puede exponerse.

—¿Se encuentra bien, el señor Jones?

—Sí, no se preocupe por él.

A Betty le molestó la advertencia.

¿Y por qué no podía ella preocuparse por el señor Jones? ¿Quién iba a prohibírselo? ¿Con qué derecho?

Fue a decir algo..., pero él honorable Chang no estaba para perder el tiempo, a juzgar por la prisa que se dio en asirla por un brazo y conducirla hacia la puerta.

—¡No se entretenga, por favor! ¡Tenemos los minutos contados!

Betty todavía se soltó.

—¡Mi bolso, tengo que recoger mi bolso! —volvió sobre sus pasos hasta hacerse con él.

Después se le reunió.

—¡Cuando quiera, señor Chang!

Chang la condujo fuera de la bodega y después a través del jardín, ocultándose entre los arbustos.

No encontraron a nadie.

—¿No vigilan la casa? —extrañóse Betty.

—Hay dos nombres en la entrada, según me dijo Mark. Allí deben tener toda clase de controles.

—Qué jardín tan bonito… Me gustaría vivir en un sitio así.

Ya estaban al pie del muro.

—Hay que saltar —advirtió Chang—. ¿Podrá?

—Lo intentaré.

—Súbase sobre mi espalda.

Betty probó a hacerlo…, pero se olvidó de quitarse los zapatos de altísimo tacón y perdió el equilibrio, cayendo sobre el hombre y rodando los dos por el suelo.

Por un minuto sus cuerpos permanecieron abrazados, allí sobre el fresco césped todavía húmedo de rocío.

Betty sentía el corazón del hombre latir muy fuerte sobre el suyo…

Una emoción muy honda la embargó cuando su mirada tropezó tan cerca con aquella otra que parecía acariciarla y aquella sonrisa llena de cálida ternura.

Por un instante se hizo la ilusión de que el honorable Chang no era indiferente a su encanto femenino…

Pero fue todo tan rápido, tan asquerosamente breve, que al instante siguiente la pobre Betty estaba ya preguntándose si todo había sido cosa de su imaginación.

Porque el señor Chang volvía a ser el estirado y hermético personaje de siempre mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—Procure hacerlo mejor esta vez —le oyó decir con su voz más inexpresiva.

Y ella le odió.

Como le odiaba siempre que le veía mostrarse tan indiferente a su atractivo femenino.

¡Pensar que llegó a preguntarse si el encantador señor Jones y este avefría eran la misma persona…!

* * *

Poco después subían al coche del honorable Chang. Un «Ford» negro sin pretensiones.

Menos mal que sabia conducirlo, pensó Betty que no podía imaginarse a este hombre más que rodeado de sus reliquias orientales o haciendo MOKUZO en posición ZEN, delante del altar de su oratorio, en presencia de las tablillas de sus honorables antepasados.

La llevó hasta su casa.

—Tómese una semana de vacaciones, señorita Halles. Después de tantas emociones lo necesita.

—¿Y... usted?

—También me tomaré un descanso. Cerraré la tienda y... A usted puedo decírselo, puesto que está tan al corriente del caso como yo mismo: Me propongo restituir los brillantes a sus legítimos dueños.

Betty abrió los ojos un palmo.

—¿Usted?

—Sí. A nadie se le ocurrirá desconfiar de mi humilde persona, según dice mi primo.

—Pero... es una misión muy peligrosa.

—Confío en resolverla satisfactoriamente.

—¿Quiénes son los dueños legítimos de los brillantes?

—Los monjes de Pendjab, en el Tíbet.

—¿Y... va a ir usted hasta tan lejos?

—Qué remedio. De regreso descansaré unos días en el Japón. Tengo allí una propiedad que heredé de mi tutor y maestro, el honorable tío de mi madre.

Betty ya lo sabía.

Como sabía también que el padre del honorable Chang era un oficial de la Navy.

Aunque al honorable Chang parecía tirarle más la sangre oriental que circulaba por sus venas...

Llegó el momento de despedirse.

Betty sentía una cosa extraña pensando que tardarían varios días en volver a verse.

Y él, ¿qué sentía él?, preguntóse.

Quizá nada.

Estaba allí, a su lado, con su expresión más impenetrable...

—¿No..., no necesita que le acompañe, señor Chang? La pobre Betty deseaba oírle decir que sí. Con todo su corazón, lo deseaba.

Sin embargo la respuesta fue desalentadora:

—No, señorita Halles, no la necesito.

Hala, así de sincero era el honorable Chang.

No malgastaba saliva en mostrarse amable, el hombre.

¿Sería..., sería que en realidad no..., no le decían nada... las mujeres?

Con aquellas uñas...

¡Las uñas!

¡Sí, claro! Ahora Betty sabía ya cuál era el detalle observado por ella en el otro honorable Chang de la bodega...

¡Las uñas! ¡Eso!

El hombre que se transformó en su presencia allá en la bodega... ¡era realmente el señor Jones, puesto que ella se fijó bien que llevaba las uñas normales, como todo el mundo... y no como estas que el honorable Chang lucía mientras sus manos descansaban sobre el

volante del coche!

¡Las uñas, miren por dónde!

Ahora ya sabía cómo salir de dudas cada vez que le asaltara la absurda sospecha.

Porque el bigote y el cabello de otro color… pueden ser postizos. Pero las uñas…, estas uñas largas, suavemente nacaradas…, eran una exclusiva del honorable Chang, sin imitación posible.

CAPÍTULO XI

Cuando Jana se despertó a media mañana vio la silueta de un hombre recortada sobre la claridad que penetraba por la persiana medio descorrida.

—¿Eres siempre tan madrugador, querido? —preguntó mientras se desperezaba voluptuosamente, reconociendo a Mark.

Mark llevaba puesta la misma ropa que el día anterior. Sobre una butaca veíase el KARATEGI blanco.

—He tenido trabajo —respondió escuetamente.

Jana incorporóse y le contempló con expresión exageradamente sorprendida.

—¿Quieres decir... fuera de Nirvana?

—¿Qué es Nirvana?

—El nombre de esta finca. ¿Todavía no te habías enterado?

—No.

—Para ser un investigador de fama trabajas muy lentamente, mi amor... —burlóse.

Mark la vio salir del lecho y envolverse en la bata de felpa rosa, que continuaba en el suelo.

Luego vino hacia él y le besó suavemente en la boca.

—¿Dormiste bien?

—Estupendamente.

—Sácame de dudas, Mark... —Dime.

—Tú y el honorable Chang..., ¿sois la misma persona?

Mark sonrió y sus ojos llenáronse de diversión.

—Aprecio mucho a mi primo, pero... prefiero ser como soy —dijo.

Jana le contempló socarrona.

—¿Y si te confieso que... uno de mis hombres ha seguido todos tus pasos esta mañana?

—No me sorprendería.

—¿No te parece que resultó extremadamente fácil..., incluso para Mark Jones, llevarse a la chica?

—Quizá.

—Un hombre de tu experiencia debió escamarse, querido.

—Yo no me llevé a Betty. Lo hizo Chang. Ayudado por mí, por

supuesto.

— ¿Dónde está ahora?

—¿Betty?

—No, Chang.

Mark consultó su ordenador de cuarzo.

—En este momento su avión debe estar despegando.

Ahora sí sorprendióse realmente Jana.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Se lleva... los brillantes?

—Por supuesto.

Jana suspiró resignada.

—Bueno, me obligas a partir de cero otra vez.

—Renuncia a las lágrimas de Buda, Jana.

—¿Por qué tengo que renunciar?

—No te pertenecen.

—¿Y a los monjes sí?

—Desde tiempo inmemorial.

—De algún sitio las habrán sacado. Y ya sabes cómo pienso con respecto a estas cosas... ¿Así que tú no has visto a la chica?

—¿A Betty?

—A la llorona, sí.

—No la vi. Chang se encargó de llevársela.

—Qué hombre tan aburrido es tu primo... Habla como un libro rancio.

—Tú le gustaste.

—¡No me digas! —rió burlona, pegándose a él.

Mark le acariciaba el cuello y los hombros por debajo de la bata.

—Te advierto que puedes sentirte orgullosa. Chang apenas hace caso de las mujeres.

—¿Es marica?

—No, pero quiere vivir tranquilo. Buscó la boca de ella y la encontró sumisa y apasionada.

—Jana, eres..., eres...

—Qué.

No acertaba a decirlo.

Mil ansias locas despertaban en él sintiéndola.

La mujer, consciente de su poder, pegábase a él y le entregaba la boca como una experta en amor.

—Mark..., te invito a cenar. ¿Aceptas?

—Acepto.

—Será una noche memorable...

—¿Más... que la última?

—Tonto... Habrá sorpresas, te lo prometo.

—¿Agradables?

—Por supuesto... Pero si me has mentido no saldrás de aquí con vida.

Mark rió muy divertido.

—No te pongas trágica, querida. Ni a ti ni a mí nos conviene pelearnos.

Para demostrárselo dejó que sus manos se perdieran dentro de la bata y la acarició durante unos instantes sin que ella se le negara.

—¿No quieres... trabajar para mí, Mark? Podemos asociarnos.

—No. Pero eso no quiere decir que vaya a entregarte a la policía.

Jana separóse un poco para buscar su mirada. La de ella era terriblemente burlona.

—¿Ah, no? ¡Qué generoso!

—He dado contigo sin buscarte y los brillantes vinieron a mis manos por carambola. No era mi problema, ¿comprendes?

—No mucho.

—Quiero decir... que este juego de justicias y ladrones también tiene su código. Por esta vez eres libre.

Jana separóse de él definitivamente.

Pero giróse de nuevo y le desafió.

—¿Te gustaría enfrentarte conmigo de verdad, Mark?

—No pierdo las esperanzas de hacerlo un día u otro.

—Sabrás de mí, te lo prometo. Cuando me fijo un objetivo no renuncio a él fácilmente... Pero ahora mi objetivo eres tú. Te quedarás en Nirvana todo el día, ¿verdad?

—Contigo las horas parecen minutos, preciosa...

—No estarás conmigo... hasta la hora de la cena. Mis obligaciones me reclaman en otra parte.

—¿ Tus... *obligaciones ?*

—Digamos mejor... *mi trabajo.*

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Puedo dar orden de que te conduzcan al dojo, si te apetece entrenar un poco.

—¿Por qué no me autorizas a intentar localizarlo por mí mismo? Me apasionan estas cosas, ya lo sabes.

—De acuerdo. Estás en tu casa, querido.

* * *

Mark tardó en conseguirlo, pero al fin logró localizar el dojo. El garaje tenía un tabique falso al fondo, que giraba sobre sí mismo oprimiendo un botón.

Del otro lado abríase un ancho corredor que descendía hacia los

sótanos y se prolongaba hacia el interior de la colina existente a espaldas de la casa.

—No veo razón para rodearlo de tanto misterio —díjose Mark hablando consigo mismo, según su costumbre.

Pero casi al instante le llamó la atención advertir que el singular sillón donde Jana solía instalarse para presenciar la lucha, estaba asegurado al suelo por unas piezas metálicas adosadas a las cuatro patas.

—¿Tendrá miedo de caerse? —se dijo.

Y ni corto ni perezoso sentóse en el singular trono y comenzó a manosear todos sus arabescos.

Pero fue cuando palpaba el escarabajo grabado en el respaldo cuando sus esfuerzos tuvieron éxito. La plataforma sobre la cual asentábase el sillón comenzó a girar sobre sí misma dejando al descubierto una entrada secreta por la cual descendía una escalera.

Mark se asomó al negro abismo.

—¿Qué diablos habrá ahí abajo? —preguntóse.

Lamentó no disponer de una linterna, porque estaba demasiado oscuro para aventurarse a comprobarlo.

—Volveré por aquí —prometióse a sí mismo. Y volvió a dejarlo todo como estaba.

CAPÍTULO XII

Mark y Jana bailaban junto a la piscina.

Estrechamente enlazados.

Sonaba una música melódica, lenta.

Mark llevaba la misma ropa, pero la muchacha vestía ahora de rojo oscuro. Un original y elegante modelo de gasa natural, cayendo acampanado desde las finas hombreras hasta el suelo.

Podía decirse que el hermoso y escultural cuerpo hacía el resto, dándole forma.

El busto levantado, firme; las redondeadas caderas...

La sutil gasa amoldábase a cada curva, sugestivamente, perfilando la silueta encantadora.

Unas sandalias plateadas realzaban a la vez la belleza de los pies, pequeños, de uñas nacaradas.

Jana lucía un hermoso juego de joyas, de incalculable valor.

«Posiblemente fruto de una aventura más», pensó Mark.

—¿Por qué llamas Nirvana a esta finca? —preguntó sin dejar de bailar.

Era una delicia llevarla en los brazos, sintiéndola. Jana dábase mimosa y dócil como, una gatita zalamera.

A través de la sutil tela de su vestido Mark percibía toda la belleza del cuerpo joven y vibrante.

Ella le miró un instante y sonrió.

—Es... mi paraíso particular.

—¿Tú sabes qué significa realmente Nirvana?

—Tengo una idea.

—Nirvana es el *no ser*. La disolución del alma en la NADA. El aniquilamiento total, para evitar volver a nacer, lo que para Buda es el supremo mal, ya que toda vida implica dolor. No importa que se renazca en un príncipe, en un brahmán o en un perro. Se sufrirá siempre.

Jana escuchaba con aparente atención.

—Me recuerdas al honorable Chang... —comentó sonriendo de aquella forma enigmática.

—De él lo aprendí.

—Y él, ¿qué aprendió de ti?

—Nada. Es más sabio que yo.

—¿También practica el budo?

—Nunca se lo pregunté.

—¿Por qué te has hecho budoka, Mark?

—El budo tiene por objetivo el desarrollo armonioso del hombre y de sus facultades físicas y espirituales. Practicar el budo con el objetivo de conseguir victorias o superar a nuestros enemigos, es la expresión de un espíritu inferior y mezquino.

—¿Y no te defiendes si te atacan?

Mark sonrió.

—Claro que me defiendo. Un budoka jamás provocará situaciones que requieran la violencia para ser resueltas, pero si la situación la provocan los demás... deberán atenerse a las consecuencias. No hacerlo sería tanto como no apretar el gatillo de nuestro rifle cuando nos ataca un tigre que puede destrozarnos..., por temor a hacerle daño. Eso es absurdo, ¿no te parece?

—Sí.

—Lástima que el hombre ha estado enfrentándose siempre no sólo a fuerzas ajenas a él sino a otros hombres. Por eso no se le puede negar el derecho que le asiste para utilizar sus conocimientos de las artes marciales. Yo no soy un asesino que va por ahí asestando ATEMLS [(32)] a diestro y siniestro sólo por el placer de matar. Siempre que puedo evito enfrentarme con mis enemigos, porque sé que puedo acabar con ellos. Conocer las artes marciales es saber que no deben usarse.

—Muy interesante —sonrió Jana, irónica.

—Ayer tarde me viste luchar. Fue un enfrentamiento noble por parte de tu esbirro, lo reconozco. Pero de haberme atacado don intención de acabar conmigo, puedes estar segura que a estas horas contarías con un guardaespaldas menos.

—Otro tanto puedo decir de él.

—No lo dudo. Es un excelente luchador..., aunque un deficiente budoka. Hay personas que aprenden el budo prescindiendo de lo que tiene de espiritual, solamente para adquirir los conocimientos de la simple lucha.

—Convengamos en que... no todos son tan... *románticos* como tú. Y me gustará comprobar hasta qué extremo llega tu sentimentalismo.

Se soltó de él, deslizándosele entre los brazos.

—Esta noche volverás a luchar —anunció repentinamente.

Mark sonrió sin ganas.

No le apetecía el enfrentamiento.

Y no era por temor al mongol, sino porque le apetecía mucho más hacer el amor con la hermosa Jana.

—¿Habrá... premio? —preguntó viniendo despacio tras ella, que

volvía a instalarse en la tumbona.

—Habrá un premio para el vencedor, como siempre.

—¿Tú?

—No. Será ... una sorpresa. Ya te lo advertí.

Mark sentóse en el borde de la tumbona y se reclinó sobre la mujer hasta que los senos túrgidos quedaron aplastados por el tórax atlético.

—Jana... El mejor premio para mí eres... tú. Lo serás siempre...

—Espera y... juzgarás.

—Tú también me necesitas...

—No...

Fue una voz desfallecida, semejante a un susurro. Mark crecióse en osadía.

Dejó que sus manos resbalaran en torno a la cintura femenina y se pegó al cuerpo de la mujer, que gimió de placer.

—¿Lo ves, tonta? A ti... también te gusta...

Jana hizo por soltarse, pero sin demasiada energía.

—Déjame, Mark.

—¿Tan... pronto?

—Eres..., eres...

No decía lo que era.

Para qué.

De todas formas Mark tampoco la escuchaba.

Besaba su garganta y sus senos. La estrechaba más y más contra él, haciéndole sentir todo el poder de sus músculos de acero... de aquella forma que enervaba... y doblegaba...

—Vamos... a tu habitación.

—No..., no...

—¿Prefieres que te ame... aquí?

—Mark, déjame...

—Sí...

Por supuesto que no la dejaba.

Y a ella no le importaba que no lo hiciera.

Era una deliciosa locura dejarse querer por Mark.

Algo enervante, que hacía sentir... cosas... maravillosas... Y la dejaba sin fuerzas para rechazarle, para impedir que continuase besándola de aquella forma tan..., tan...

—Mark...

—Dime.

—Si tú quisieras podríamos...

—Qué.

—Ser invencibles los dos. Con tu fuerza y mi astucia... el mundo sería nuestro.

—¿Y para qué quiero yo el mundo? No sabría qué hacer con él.

—¿Qué es lo que más deseas, Mark?

—A ti.

—Me tendrás. Me tendrás, Mark. Seré tuya para siempre… a cambio de que trabajemos juntos. Ayúdame y te convertiré en el hombre más feliz y el más poderoso de la tierra.

—No lo dudo…, pero mi ambición no va tan lejos.

La soltó y se puso en pie. De repente le daba asco. Un asco invencible.

Como si tuviese enroscada al cuerpo una serpiente.

A pesar de toda su seductora belleza.

A pesar de su irresistible seducción de mujer.

Tal vez ella no dejó de adivinarlo, porque su semblante se desfiguró con una expresión diabólica.

Hizo sonar las palmas y en un instante todo cambió en torno a ellos.

La soledad íntima y sugestiva que gozaran hasta entonces viose interrumpida bruscamente por la llegada del extraño cortejo que rodeaba todas las apariciones de la sorprendente mujer que se hacía llamar el Escarabajo Cojo.

Pero en esta ocasión los ojos de Mark no pudieron ocultar el tropel de sensaciones que agolpáronse en ellos al descubrir una frágil figura femenina en medio de todos aquellos personajes que parecían arrancados de un cuento de terror.

Y es que, sostenida por dos de los guardaespaldas, casi desmayada por el pánico, la pobre Betty tenía todo el aspecto de una víctima propiciatoria.

Mark miró con odio a Jana, haciéndole una pregunta:

—¿Por qué ella de nuevo?

No parecía el Mark de siempre.

Su desenfado habitual, su sonrisa de truhán simpático, su dominio de sí mismo… habían desaparecido para dar paso a un hombre a punto de convertirse en una fuerza destructora.

—Te advertí que habría sorpresas… ¿Lo olvidaste ya?

Cuánto le costó a Mark reprimirse; no abalanzarse sobre el grupo y arrebatarles a la muchacha que clavaba en los suyos unos ojos suplicantes, enrojecidos por el llanto.

Pero al budoka se le enseña que la mente y el cuerpo tienen que sentir lo mismo; que la cabeza y el cuerpo han de ser uno. Que la confianza en sí mismo no basta y las artes marciales enseñan también el respeto a la vida. Que conseguir cien victorias en cien combates no es un resultado digno de alabanza, pero ceder voluntariamente sin combatir es el verdadero y único espíritu de la Vía. Que a quien tenemos que superar es a nosotros mismos y la mejor victoria será la que obtengamos sobre nosotros mismos.

Por eso Mark esperó a que hablase de nuevo Jana, limitándose a recomendar a Betty con su acento más tranquilo, más persuasivo:

—No tengas miedo, Betty. No va a pasarte nada. Yo estoy aquí.

Qué maravillosas palabras.

La pobre Betty asintió con un leve movimiento de cabeza.

Confiaba plenamente en él.

«No tengas miedo.»

No, ya no lo tenía.

«Yo estoy aquí.»

Estando allí el señor Jones, Betty sentíase tan segura como en su propia casa, de donde la sacaron los esbirros del Escarabajo Cojo a punta de pistola, con la amenaza de matar al señor Jones si ella no se portaba bien y les seguía sin resistencia.

Y Betty no necesitaba más para ir con ellos hasta el mismísimo infierno, si era preciso.

CAPÍTULO XIII

Jana se puso en pie, sonriendo sardónicamente.

—La tienes bien amaestrada... ¿Te gustan las lloronas, querido Mark?

—Suelta lo que oculta tu mente retorcida, Jana —apremió él, sin contemplaciones.

—Sospecho que lo has adivinado...

El grupo habíase detenido a corta distancia de ellos, encabezado por el muchacho hindú y la pantera, que rugía amenazadora.

Mark no estaba para adivinanzas.

—Habla.

—También te dije que esta noche habría un premio para el vencedor...

—¿Quieres que luche?

—Sí. Con Yen y Jan. Los dos a la vez. Será doblemente interesante. Y el premio... ya lo habrás adivinado: Entregaré la llorona al vencedor.

Mark echó una ojeada a los dos mongoles, que parecían guardar a Betty, armados con su temible TACHI.

Uno de ellos, su contrincante de la noche anterior, llevaba un parche en la nariz y sus ojos achinados miraron a Mark con un odio irracional.

Mark iba desarmado, como de costumbre.

Todas sus armas formaban parte de sí mismo: El SEIKEN [33], el RIKEN [34], el NAKADATEIPPON-KEN [35], el SHUTO [36], el EMPI [37], el KOSHI [38], el SOKUTO [39]... y también la rodilla, el empeine, el dorso del puño...

Todas estas partes del cuerpo fueron endurecidas con el adiestramiento metódico en el MAKIWARA [40].

Mark se preguntó qué podría hacer si los dos gigantes le atacaban a la vez, tal como anunciara el Escarabajo Cojo, y calculó las posibilidades que tenía de vencerles.

Su mente estaba habituada a trabajar de prisa.

Pero en realidad Jana apenas le dio tiempo para hacerse una composición de lugar.

De pronto levantó el brazo e hizo una señal a sus esbirros.

Los dos mongoles adelantáronse a la vez y dejaron caer al suelo sus sables.

Como una tromba humana uno de ellos lanzó su poderoso KIAI y saltó sobre Mark con una espectacular KATA de TAE KWON DO [41] que hizo crujir el aire.

Pero Mark ya no estaba allí. Le sobró tiempo para apartarse de la trayectoria de su oponente esquivando el impacto brutal que le precipitó de cabeza en la piscina, al no poder frenar el impulso que llevaba.

De esta forma tan simple y sencilla Mark habíase librado de uno de sus adversarios.

Pero quedaba el otro, el que Mark más temía porque en sus ojos brillaba el deseo de venganza, feroz y primitivo,

Y no se equivocaba: Yen necesitaba resarcirse del dolor que le marcara para el resto de sus días y de la humillación de la derrota en presencia del Escarabajo Cojo.

Iba a ser una lucha sin piedad. Tal vez a muerte.

Mark despojóse de la americana y la arrojó lejos. Necesitaba soltura.

Yen vigilaba sus menores movimientos con sus pequeños ojos achinados inmóviles.

Y comenzó la pelea.

El primer ataque del mongol fue un APCHAKI [42] de karate volador que confiaba sorprenderle desprevenido, en cuyo caso hubiese acabado con él fácilmente.

Pero es difícil, por no decir imposible, sorprender a un budoka.

Y Mark era un extraordinario budoka, alto DAN en la mayoría de las disciplinas: karate, judo, kung-fu, aikido…

Podía decirse que dominaba a la perfección todas las artes marciales.

Alguien, después de verle pelear contra cinco adversarios a la vez y vencerles, en el BUDOKAN [43] de la Navy, le preguntó que cuál era su *truco.*

Pero en el budo no existen trucos. Todo es el resultado de un camino largo y laborioso. De un entrenamiento duro en cuanto al esfuerzo físico, a la atención, al interés y al tiempo dedicado a ello. Sin olvidar que la salud del espíritu, que siempre ocasiona una adecuada salud mental, es, el primer gran triunfo del budoka.

* * *

Mark ya no estaba allí cuando Yen saltó sobre él con intención de dejarlo seco.

De haberle alcanzado la criminal intención de la patada lanzada

a su rostro, hubiese supuesto un atemi UTO [44] o JINCHU [45].

Pero Mark encontrábase va a sus espaldas y respondía con un KOP CHA KI [46] que le tumbó de nuevo cuando intentaba ponerse en pie.

Por un minuto pareció que el mongol no lograba reponerse de la embestida.

Quedó en el suelo, jadeando, perdido el dominio de sí mismo y derrochando energías innecesariamente.

Frente a él Mark veíase fresco y sereno como «la superficie del agua dormida» MIZUNOKOKORO [47], que dicen los japoneses.

Frente a un contrario es necesario tranquilizar el ánimo, no pensar en nada, ser receptivos y no fijar la mirada en un punto concreto, sino contemplar al contrincante como un todo. De esta forma se consigue *sentir* el ataque desde el principio.

Únicamente la serenidad de ánimo permite reaccionar de modo eficaz, ya que un hombre encolerizado pierde todos sus recursos. Hay que conservar la sangre fría… y era algo que Yen no sabía hacer. O no podía, porque no estaba preparado para eso. Era un simple luchador sin DO.

Yen volvía a sangrar copiosamente por la nariz. Mark ya no atacaba. Limitábase a mantenerse a la defensiva.

No era un asesino ni el mongol su enemigo personal. Las circunstancias de la vida, en este caso el capricho de una mujer, les hacían enfrentarse.

Pero Mark no deseaba el aniquilamiento total de su oponente.

Ni siquiera deseaba hacerle daño y lamentaba muy sinceramente haber sido la causa del golpe que recibió la noche anterior y sus consecuencias.

Este es el auténtico espíritu del budoka.

Solamente cuando su vida está en peligro se torna agresivo. Lo demás es simple competición deportiva.

Pero Yen era un espíritu inferior y mezquino.

Aprendió las artes marciales para hacerse temer, simplemente. Ignoraba por completo el DO.

Por eso, dejándose dominar por su feroz coraje de gigante humillado, esperaba alerta el momento en que Mark estuviese más desprevenido para asestarle el golpe de gracia.

En el suelo quedara el TACHI, abandonado antes de iniciarse la pelea.

De pronto, con un poderoso KIAI semejante a un alarido feroz, se apoderó del sable y se abalanzó sobre Mark blandiéndolo en alto con intención de partirle el cráneo.

Betty grito horrorizada:

—¡Cuidado, Mark…!

Pero Mark comprendió ya que había llegado el momento de apretar el gatillo o el mongol le descuartizaría con sus salvajes fauces.

Esquivó la acometida casi de forma inverosímil… y ya no necesitó más, porque el TACHI fue a golpear en el suelo, donde se rompió en dos y Yen no pudo hacer nada para evitar ir a una muerte cierta al caer con todo el ímpetu de un toro en plena embestida sobre el cortante acero durante la fracción de segundo que éste se mantuvo en pie.

Todo fue tan rápido que puede decirse que antes de ahogarse el temible KIAI en la garganta del gigante, sus ojos estaban ya cubiertos por el velo de la muerte.

Fue un auténtico HARAKIRI [48], ante los ojos horrorizados de todos los presentes.

Tras una leve convulsión, el mongol quedó inmóvil.

Siguió un minuto de confusión, que aprovechó Betty para correr a refugiarse al lado de Mark, el cual la acogió con un abrazo tranquilizador.

—Ya te advertí que no tenías nada que temer, preciosa —sonrió con su habitual desenfado.

—¡Qué miedo pasé, señor Jones! ¡Creí que aquel gigante iba a despedazarlo! —confesó ella con la voz todavía temblorosa.

—Antes me llamaste Mark…

—Fue… sin darme cuenta —se encendió hasta la raíz del cabello.

Pero Mark le dio un ligero cachete en la mejilla. Cordial.

—¡A mí me gustó!

—Señor Jones…

La pobre Betty sentíase revivir advirtiendo la cálida ternura que los ojos grises tenían para ella.

Además, le hablaba tan cerca que parecía como si sus labios fuesen a besarla.

Y la verdad es que estaba tan bonita con aquellos vivos colores, que el sinvergüenza de Mark a punto estuvo de dejarse arrastrar por la poderosa tentación de llegarse a la boca palpitante.

Si no lo hizo no fue por falta de ganas, por supuesto…, sino porque Jana habíase adelantado hasta ellos haciendo fracasar el minuto mágico.

—Bien, Mark. Ya tienes a la chica; tuvo es el premio. Pero ahora quiero que luches conmigo.

Los ojos grises de Mark confesaron su viva sorpresa antes que la tradujeran las palabras.

—¿Contigo?

Sí. ¿No te atreves?

El dejó resbalar la mirada por el cuerpo escultural elegantemente ataviado.

—¿Con esa... ropa? —preguntó sin acabar de dar crédito a lo que oía.

Jana sacudió la cabeza, echando hacia atrás los hermosos cabellos negros como ala de cuervo.

—No te preocupes. Me cambio en un instante.

—Es... una locura, Jana.

—¿Lo dices por ti... o por mí, querido?

Sonreía.

Como puede sonreír una tigresa antes de caer sobre su víctima.

Mark continuaba rodeando los hombros de Betty con su fuerte brazo, solícito y protector.

Le tardaba el momento de llevarse a la pobre muchacha de allí. De poner fin a toda aquella pesadilla que a buen seguro iba a costar una enfermedad a la sensible Betty.

—Ya has visto... que puede resultar peligroso —advirtió, sin ganas de aceptar la extraordinaria pelea.

Pero Jana parecía desear ardientemente enfrentarse con él.

Los hermosos ojos verdes brillaban diabólicos, encendidos de extraña pasión.

Jamás Mark la contempló tan bella, tan vibrante.

—Yen era un loco y un estúpido, por eso te atacó con el TACHI. Pero nosotros lucharemos con el SHI-NAI (49).

Mark frunció la frente. No le gustaba el cariz que tomaban las cosas.

—¿Qué pretendes, Jana? —preguntó abiertamente, sin ocultar su desconfianza.

—Medir mis fuerzas con las tuyas.

—¿Te consideras superior a mí?

—Lucha y lo comprobarás.

—Jamás me enfrenté con una mujer.

—Será toda una experiencia, pues.

—¿Quieres que te deje ganar?

—No me ofendas, querido. ¿Qué respondes?

—No..., no veo el objeto de este enfrentamiento.

—Si yo te venzo... ella se marchará y tú te quedarás conmigo. Si vences tú, os vais los dos.

El semblante de Betty enrojeció de indignado coraje..

—¡No acepte, señor Jones!

Jana sonrió con irónico desprecio.

—¡Mírenla, qué humilde y buenecita...! —Y sin transición, cambiando bruscamente de actitud—: ¿Quieres cerrar el pico, llorona? ¡Aquí sólo hablo yo!

—Ella tiene razón, Jana. Prometiste que nos dejarías marchar si yo conseguía vencer a tus esbirros.

—No serás tan descortés que te niegues a complacer los deseos de una dama...

—No quiero quedarme contigo.

—¿Tan mal... te traté?

—Todo tiene un principio y un fin, Jana. Lo nuestro se acabó. Intentar prolongarlo sería... una locura.

—¿Por qué?

—Seguimos caminos diferentes.

—Podemos hacer que se encuentren.

—No. Te lo dije ya.

—Estás agotándome la paciencia, Mark. —Lo siento.

—Escucha. No soy un gánster. Soy simplemente una ladrona. Pero te juro que ni tú ni la llorona saldréis de aquí vivos si te niegas a luchar conmigo.

Mark adivinó fácilmente que no bromeaba. Vibraba en su acento un coraje demasiado sincero, para bromear. Una pasión feroz, primitiva, mezcla de orgullo y celos.

Betty pegábase a Mark, como si deseara protegerle y protegerse a la vez.

Sentía el fuerte brazo del hombre en torno de su espalda y esto la reconfortaba, pero preguntábase por cuánto tiempo.

Las intenciones del Escarabajo Cojo no dejaban lugar a dudas: Quería quedarse con Mark a toda costa. Mark...

¿Cómo iba a consentir en enfrentarse con una mujer?

Y vencerla si quería ser libre, además.

Pero... ¿cómo saber si Jana consentiría en dejarles marchar, aunque Mark lograse imponerse en la lucha?

—No soy un gánster...

Tal vez no. Pero sus procedimientos se le parecían bastante.

—Vamos, Mark, responde una cosa u otra. Tengo poca paciencia... y esto está prolongándose más de la cuenta.

¿Qué podía hacer Mark?

Los esbirros del Escarabajo Cojo permanecían vigilantes y alerta, atentos a la menor señal de su ama para abalanzarse sobre ellos.

—De acuerdo, Jana. Lucharemos.

—Bien.

—Confío en tu palabra.

—Puedes confiar. Espérame aquí. ¡Vuelvo en seguida!

CAPÍTULO XIV

No tardó en aparecer de nuevo.

En esta ocasión vestía una especie de mono negro, muy ajustado al cuerpo, semejante al de una gimnasta o una bailarina de ballet.

Esta prenda permitíale moverse y accionar elásticamente, con agilidad felina.

Por otra parte, al ajustársele al cuerpo como una segunda piel, realzaba esplendorosamente sus bellas redondeces femeninas, que un hombre no podía contemplar impasible.

Posiblemente la astucia de Jana no era ajena a la forma en que se presentaba vestida para enfrentarse con Mark, cuyos ojos no supieron ocultar su profunda y ardiente admiración masculina.

—Bien, Mark, cuando gustes —sonrió satisfecha, advirtiéndolo.

Un criado les entregaba los TACHI.

—Elige tú primero, querido.

Mark alcanzó el que tenía más a mano.

Luego pidió a Betty que se retirase.

Ella resistióse un segundo, mirándole con ojos angustiados e implorantes.

—Señor Jones...

—No te preocupes, bonita. ¡Pronto estaré de nuevo contigo! —la tranquilizó.

Se formó un corro alrededor de los dos contrincantes, que adoptaron la actitud previa al inicio de la lucha.

Mark no se decidía a atacar.

Antojábasele desconcertante medir sus fuerzas con una mujer.

Sobre todo con esta clase de arma.

Sabía que algunas mujeres, armadas con la NAGINATA (50) han conseguido imponerse a expertos en KENDO (51) en competiciones oficiales.

Pero ahora se trataba de utilizar los dos el SHINAI, en sustitución de la TANAKA (52), pero con la misma técnica. Es decir, el arma y la clase de lucha favorita de los samuráis. Y sabido es que los samuráis no eran inofensivas damiselas, precisamente.

Sin embargo, apenas Jana le atacó un par de veces, Mark supo ya que tenía frente a él un oponente de cuidado.

Mark limitábase a defenderse, pero los asaltos de la mujer eran cada vez más rápidos y agresivos.

La lucha desarrollábase en medio ele un silencio expectante.

Podía decirse que se oía crujir el aire cortado por los golpes de los sables de bambú.

Hasta que Mark se canso de seguir el juego al Escarabajo Cojo.

El no era un monigote ni un pelele para convertir un enfrentamiento en una payasada.

Cierto que Jana luchaba bien, pero cierto también que él limitábase a defenderse, sin atacar nunca.

Y le bastó un par de filigranas para desarmarla, proyectando su SHINAI por los aires hasta que vino a caer en el agua.

Todo el mundo contuvo la respiración en espera de la reacción de la mujer. Mark el primero.

Y la pobre Betty no se diga.

Pero tras el primer instante de furiosa contrariedad, Jana rompió a reír y avanzó hacia su adversario con la mano tendida.

—¡Bien, Mark, has vuelto a ganar a la chica! ¡Podéis iros!... Pero te advierto que tú y yo volveremos a encontrarnos un día u otro. ¡Palabra del Escarabajo Cojo...! —Y dirigiéndose a Betty, que se pegara a Mark llena de júbilo—: Adiós, llorona. A ti... no deseo volver a verte nunca más.

No le tendió la mano.

Claro que a Betty le tuvo sin cuidado.

* * *

—¿Adonde quieres que te lleve, preciosa?

Atrás quedaba Beverly Hills y Nirvana.

Quizá una aventura más.

El «Jaguar» de Mark rodaba a placer por el magnífico Wilshire Boulevard.

—A... La Plaza —respondió Betty después de pensarlo un poco.

Y la verdad es que Mark giró el rostro para mirarla con ojos llenos de sorpresa.

—¿A La Plaza? ¿Y qué se te perdió a ti allí?

A Betty le avergonzaba confesarlo..., pero lo había prometido y aquél antojábasele el mejor momento para cumplir su promesa.

—Tengo que rezarle un padrenuestro a fray Junípero Serra. Se lo prometí para..., para que nos sacara con bien de aquella horrible casa.

Mark sonrió benevolente.

—¿Por qué precisamente *ese* fray Junípero Serra? ¿Sabes que en California hay más estatuas del buen fraile español que de George Washington?

—Me gusta… ese sitio.

—Y a mí también. Es uno de los escasos lugares de esta monstruosa urbe donde todavía se respira paz y tranquilidad.

La Plaza…

Cierto.

En pleno corazón urbano, a la sombra de los rascacielos y del estrépito ensordecedor de las autopistas, La Plaza, con su vieja iglesita dedicada a Nuestra Señora de Los Ángeles, la callecita Oliveras con sus rótulos en español…, conserva todo el sabor de los pueblos fundadores.

En torno a este pequeño solar, hoy declarado monumento nacional [53], creció la ciudad de Los Ángeles.

Por cierto que cuando el aventurero español Felipe de Nevé fundó la ciudad que era poco más que un caserío, tenía un nombre kilométrico: Pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles de la Porciúncula.

En contraste, ahora que es una monstruosa urbe de más de setenta millas de extensión, sus habitantes le llaman familiarmente L. A.

Así, simplemente, con estas dos iniciales.

Cuando el «Jaguar» de Mark se detuvo en las inmediaciones de La Plaza, el lugar mostrábase silencioso y recogido bajo el alumbrado de neón.

Pasearon juntos sobre las rojas baldosas recién regadas.

Y ante la serena imagen de fray Junípero Serra, el mallorquín considerado padre de California por los mismos californianos, Betty pudo rezar con conmovido fervor religioso su prometida oración.

¿No estaban allí los dos, sanos y salvos?

La noche, cálida y estrellada, prestaba un especial encanto al evocador paraje.

Mark sentía algo extraño, algo que en cierto modo le purificaba de sus muchos pecados, observando el piadoso recogimiento de la muchacha. Le constaba que Betty hizo su promesa tanto por él como por sí misma.

La buena Betty…

Qué gran chica era.

Con gusto le diría…

¿Qué?

No lo sabía.

Algo.

Alguna cosa extrañamente pura y limpia, que expresara esta emoción honda y vibrante a un tiempo, que agitaba su masculinidad viéndola rezar por los dos.

Poco después la dejaba en su casa.

—Hasta mañana, Betty —despidióse de ella besándola suavemente en la mejilla, con la misma inocencia que podría besar a una criatura.

—¿Mañana? —dijo ella.

—Te veré en la tienda.

—No abrimos. El señor Chang dijo que me tomase una semana de vacaciones, mientras él no regresa de su viaje.

A Mark no pareció caerle nada bien la noticia.

—Vaya —exclamó contrariado—. En ese caso… te veré dentro de ocho días.

—Sí…

Ella le vio partir con terrible añoranza. ¡Qué largo iba a hacérsele el tiempo teniendo que prescindir de los dos!…

* * *

Mark miraba a su alrededor con ojos casi tan divertidos como indignados.

En el despacho del honorable Chang todo estaba patas arriba.

El desorden era completo.

Cajones volcados, cuadros fuera de su sitio, la caja fuerte forzada y abierta de par en par…

Incluso la religiosidad del oratorio había sido profanada. El pequeño altar estaba en el suelo y con él las tablillas de los antepasados, el buda de jade, los pergaminos escritos en caracteres chinos…

Otro tanto podía decirse de las rojas cortinas que cubrían los muros. Arrancadas de cuajo, dejando al descubierto el armario empotrado con todo su contenido esparcido sobre el tatami: ropas masculinas, kimonos, pelucas castañas…

También la pequeña puerta secreta que comunicaba con el callejón había sido forzada.

Después de presenciar todo este espectáculo a Mark ya no alcanzó a sorprenderle descubrir la nota clavada sobre la mesa-escritorio con un AIKUCHI [54]:

> «No conseguí encontrar las lágrimas de Buda…, pero me llevo algo mil veces más valioso para mí —decía—. Tu secreto a cambio de mi secreto, honorable Chang. Es decir, Mark Jones…»

Por toda firma llevaba el dibujo de un escarabajo rojo sin patas.

A la mañana siguiente Mark rodaba de nuevo en dirección a Beverly Hills.

Necesitaba convencer a Jana de su error.

No sabía cómo, pero tenía que hacerlo.

Y ahora sí le esperaba una auténtica sorpresa: La puerta de Nirvana estaba cerrada y sin vigilancia.

Saltó el muro y dedicóse a recorrer la finca una vez más.

Vio la piscina vacía, las persianas echadas…

No había nadie.

Sin embargo encontró la forma de forzar la puerta del garaje.

Puesto que estaba allí iba a enterarse de lo que ocultaba el sótano descubierto casualmente en el dojo la tarde anterior.

No le sorprendió demasiado. Se trataba de una salida secreta.

El extremo opuesto estaba en otra finca mucho menos pretenciosa, a espaldas de la colina.

Mark comprendió la razón del emplazamiento del dojo. Era la tapadera, a mitad de camino entre uno y otro acceso. Por eso le vendaron los ojos al conducirle hasta allí.

* * *

Al cabo de cuatro días de vacaciones, Betty sentía tanta nostalgia que no lo pensó más. Se arregló y se puso en camino hacia el barrio chino.

Y ella sí que se llevó una buena sorpresa al ver las persianas levantadas y la tienda iluminada.

Empujó la puerta, haciendo tintinear las campanitas de plata.

Al instante la figura familiar del honorable Chang recostóse en el umbral del almacén, bajo la escalera.

—¡Pase, pase, señorita Halles!

Mostrábase tan satisfecho e ilusionado que Betty apenas le reconoció.

El, tan hermético de ordinario. Tan lacónico…

Pero estaba visto que aquella tarde no se acababan las sorpresas.

—¿Qué… es eso? —preguntó Betty contemplando perpleja la cosa más parecida a un aparato de rayos X que viera jamás.

—¡Un aparato de rayos X! —declaró el honorable Chang sensacionalmente, con la misma alegría que un chiquillo con su juguete nuevo.

Betty le miró pasmada.

—Pero… ¿Para qué?

—De ahora en adelante cada objeto que nos envíen pasará por detrás de la pantalla…, ¿comprende? Ante la duda…

A Betty antojósele una travesura increíble en el enigmático y un poco misterioso señor Chang.

Pero le hizo gracia.

—Señor Chang, yo…, yo le creía a usted en el Tíbet. ¿No tenía

que entregar personalmente las lágrimas de Buda a esos monjes?

—Tal vez era mi propósito, en efecto..., pero después pensé que si mi humilde persona no inspiraba desconfianza, menos inspiraría un simple paquete certificado... y las envié por ese procedimiento.

Con qué expresión le miró Betty.

—¡Pero..., pero, señor Chang...!

—No se preocupe, pequeña alondra. Los brillantes han llegado felizmente a su destino. Los monjes me lo han comunicado así con un cable.

Betty suspiró aliviada, como si la descargasen de un terrible peso.

F I N

NOTAS

(1) *MOKUZO: Concentración mental o meditación.*

(2) *ZAZEN: Sentado sobre los talones.*

(1) *TATAMI: Esteras hechas de paja de arroz trenzada y recubiertas de fibra de IGUSA, planta que da a la estera su color verde cuando es nueva y amarillo cuando envejece.*

(2) *TOKONOMA: Hendidura en la pieza de recepción de la casa japonesa tradicional, herencia de la celda ZEN (secta budista).*

(3) *KAKEMONO: «El objeto suspendido», rollo de pintura desenrollado verticalmente o poema corto en letras chinas, al que sostiene el TOKONOMA.*

(4) *PUSA: Santo budista.*

(5) *MARA: El demonio.*

(6) *DOJO: Lugar de entrenamiento para las artes marciales.*

(9) *TACHI: Sable antecesor de la katana. Suele medir hasta metro y medio, por lo que era usado generalmente para luchar a caballo.*

(10) *DAN: Grado.*

(11) *L. A.: Sigla con que se denomina a la ciudad de Los Ángeles, en California.*

(12) *SAIKA-TANDEN: Zona del vientre, un par de dedos por debajo del ombligo.*

(13) *YOI: Posición base. Preparado.*

(14) *KIAI: Manifestación de nuestra energía en forma de sonido inarticulado que sale directamente del vientre.*

(15) *TETTSU1UCHI: Golpe con la parte inferior de puño bien cerrado como martillo («Maza de hierro»).*

(16) *KEN: Puño, derivando hacia «empuñadura».*

(17) *SARI: Vestido tradicional hindú, con más de cinco metros de largo, ajustado al cuerpo femenino sin costuras ni alfileres de ninguna clase.*

(18) *KARATEGI: Especie de pijama blanco usado en los enfrentamientos de karate.*

(19) *REI: Saludo.*

(20) *RITZUREI: Saludo de pie.*

(21) *CHAKA-SHIKI: Ataque frontal de pie y puño a la vez.*

(22) *NEKOASHI-DASHI: Movimiento tanto de ataque como defensivo. Las piernas en postura «pata de gallo» y las manos «espada».*

(23) *CHANG-QUAN: Pierna y brazo del mismo lado proyectados hacia atrás, la rodilla en tierra. La otra mano en espada.*

(24) *DAIQI-QUAN: Movimiento defensivo de espaldas.*

(25) *DO: Camino o Vía hacia nuestra perfección.*

(26) *SHOIN: Escritorio dispuesto bajo una ventana, en la casa tradicional japonesa. Revela la influencia de la celda ZEN.*

(27) *FUSUMA: Tabique corredizo interior que separa las habitaciones en la casa tradicional japonesa.*

(28) *IKEBANA: Arte tradicional del Japón que consiste en arreglar adornos con flores.*

(29) *FURIN: Campanita colocada en el exterior de la casa para que suene cuando sopla el viento, lo cual produce sensación de frescura al sudoroso japonés en su casa recalentada.*

(30) *SHI: Comuna urbana.*

(31) *KATA: Forma.*

(32) *ATEMIS: Golpe o presión aplicados a los puntos más vulnerables del cuerpo humano.*

(33) *SEIKEN: Puño normal utilizado para el ataque directo.*

(34) *RIKEN: Dorso del puño.*

(35) *NAKADATEIPPONKEN: Nudillo del dedo medio.*

(36) *SHUTO: Mano espada.*

(37) *EMPI: Antebrazo próximo a la muñeca.*

(38) *KOSHI: Fondo del pie o planta. («Diente de tigre».)*

(39) *SOKUTO: Pie espada.*

(40) *MAKIWARA: Poste de madera al que se sujetan dos haces de paja de arroz para el adiestramiento y fortalecimiento de les miembros superiores, y un saco de arena para lo mismo, los inferiores. (En karate.)*

(41) *TAE KWON DO: Karate volador.*

(42) *APCHAKI: Patada frontal de karate volador.*

(43) *BUDOKAN: Lugar donde se practica el budo.*

(44) *UTO: Entrecejo.*

(45) *JINCHU: Base de la nariz.*

(46) *KOP CHA KI: Patada de costado en karate volador.*

(47) *MIZUNOKOKORO: «Un espíritu como el agua.»*

(48) *HARAKIRI: Forma de suicidio abriéndose el vientre con el WAKIZASHI (el más corto de los sables usados por el samurái).*

(49) *SHINAI: Imitación de la TANAKA, de bambú, que suele utilizarse en competiciones.*

(50) *NAGINATA: Es una hoja de acero colocada en la punta de un bastón largo, en forma de lanza. Este arte marcial tiene más de 350 años de antigüedad y está reservada exclusivamente a las mujeres.*

(51) *KENDO: Lucha con sable. Es una de las artes marciales más bellas y de mayor popularidad en Japón. KEN significa «puño», derivando a «empuñadura» (del sable).*

(52) *TANAKA: Sable del samurái.*

(53) *«The Pueblo de los Ángeles State Historical Monument. 1953.»*

(54) *AIKUCHI: Puñal ligero que con frecuencia tiene doble filo. Arma de reserva para el samurái.*

¡LOS HOMBRES SÓLO VEÍAN EN ELLA A LA M
DESEABLE! ¡LORENA DEFENDÍA SU VIRTUD,
A LA VEZ ANSIABA SER AMADA! ¡TODO SU CU
PEDÍA AMOR!



LEA TODAS LAS SEMANAS LOS APASIONANTES FASCÍC
QUE PUBLICA EDITORIAL BRUGUERA, CON ABUN
TES FOTOGRAFÍAS.

"LORENA"

UNA SERIE ESCRITA POR CORÍN TELLADO
ESCUCHEN SU VERSIÓN RADIOFÓNICA TODAS
TARDES, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EM
RAS DE REM-CAR Y CES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTA